

CRISTIANIDAD

AÑO SANTO DE 1950



«HIZO DIOS DOS GRANDES LUMINARIAS, DOS DIGNIDADES,
QUE SON LA AUTORIDAD EPISCOPAL Y LA POTESTAD REAL»

Año Santo, Año de Cruzada

Si quiere conocer el alcance de la Cruzada de Oración y Penitencia...

Si desea seguir el movimiento espiritual que provoca...

Si quiere vivir su penetración y frutos en el mundo entero...

Suscribase al boletín quincenal

ECOS DE LA CRUZADA

Dirección y Administración:

Lauria, 15, 3.º - Tel. 21 27 75 - Vía Layetana, 105, pral. - Tel. 22 24 89

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DESDE MAYO HASTA FIN DE AÑO: 10 PTAS.

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80. Apartado 8001. - **Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3. **Madrid.**

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

PUBLICACIONES CRISTIANIDAD

Hacia el Cuarto Año Jubilar	10 pesetas
Catolicismo o barbarie	35 pesetas
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	30 pesetas
Emisaria de Cristo Rey	30 pesetas

PARA JABON DE TOCADOR

Bella Aurora es el mejor

Precio de este ejemplar: 5 Ptas.

El ideal y la tragedia de la Cristiandad medioeval

En la Edad Media hubo un ideal colectivo: el intento de estructurar una auténtica «Cristiandad». Esta empresa en la que todos se sentían colaboradores se desarrolló bajo un signo netamente católico: «la certeza indiscutible de que la Religión y la vida forman un todo indiscutible». (1)

El que la mentalidad más sencilla de entonces descubriera esta verdad inconcusa e hiciera de ella necesidad vital para todas sus empresas explica quizá el que hoy defensores e impugnadores concuerden en llamar a esta época con el nombre ciertamente significativo de «La Cristiandad».

Y «La Cristiandad» no se iba a constituir, en el plano del ideal, con el predominio de la Iglesia sobre el Imperio a base de aquella supuesta ambición de poder temporal forjada en la mente de los sectarios. Ni menos iba a establecerse sobre la despótica intervención de los poderes civiles en el ámbito sobrenatural donde la Iglesia ejerce su jurisdicción y magisterio.

El ideal de aquella Cristiandad estuvo en la armonía y en la identificación de los dos poderes. En que el Imperio se sintiera orgulloso de servir de brazo ejecutor de la Iglesia, y en que ésta fuera maestra y madre de una sociedad que puso sus miras en hacer realidad el Reino de Dios en el mundo.

A esta realidad o a la concepción de esta realidad se encaminaban los esfuerzos todos y se subordinaban en sus actuaciones y fines los individuos, los pueblos y las instituciones. Con muchas y graves inconsecuencias, es verdad, con frecuentes y palmarias transgresiones de los ideales que proclamaban, cierto, pero con una constante persistencia en el objetivo final a que tales esfuerzos y actuaciones se dirigían.

Y este objetivo último era universal, era esencialmente católico.

* * *

El ideal de una «Cristiandad» no llegó a realizarse plenamente. Sería un poco simplista atribuirlo con exclusividad al hecho de que el material con que iba a forjarse era humano y por humano débil. Esta razón con ser importante no basta, ni es específica de la Edad Media. En todas las Edades y en todos los tiempos habrá que contar con este elemento mortal. Los designios de Dios no dejarán de cumplirse porque se realicen con la cooperación no de ángeles sino de pecadores.

Cuando en la concepción de la Cristiandad medieval, alguien mezcló ideales demasiado terrenos, que mermaban o destruían su grandeza para elevar sobre ellos la ambición personal de un Emperador, empezó a apuntar el germen que malograría definitivamente aquel grandioso conato de sociedad cristiana. Cuando se abandonaría la «síntesis de religión y vida» que fue característica primordial en la Edad Media, para que surgieran ideales reñidos con el único ideal de establecer el Reino de Dios sobre la tierra, había de asomar necesariamente la condenación misma de todo aquello que constituyó la grandeza de la Cristiandad medioeval.

«El hombre natural arrancado del hombre espiritual—escribe Berdiaeff—se crea una vida de fantasmas, está seducido por bienes ilusorios. Hay que admitir esta ley: que el hombre, en su existencia terrenal limitada y relativa no es capaz para crear lo bello y lo precioso sino cuando cree en otra existencia ilimitada, absoluta e inmortal». (2)

Desde el momento en que se arrancó el ideal universal trascendente de establecer en el mundo entero el Reinado de Dios perdió sentido todo lo noble y caballeresco. Un ideal personal, egoísta—humanista se le ha llamado—vino a sustituir a aquel. Los dos no pudieron coexistir. El mundo vive hoy una tragedia por intentar hacer posible su conciliación.

* * *

«Cuando no hay Dios no hay hombre—terminamos con Berdiaeff—tal es el descubrimiento experimental de nuestro tiempo... no existe neutralidad religiosa, ausencia de Religión: a la religión del Dios vivo, se le opone la religión de Satanás, frente a la religión de Cristo, la religión del Anticristo. El reino neutro del humanismo que ha querido establecerse en un sentido intermedio entre el cielo y el infierno se corrompe abriéndose entonces el abismo de arriba y el abismo de abajo. Contra el Dios-Hombre se levanta no el hombre del reino neutro e intermedio sino el hombre-Dios, el hombre que se ha puesto en el sitio de Dios. Y establécense los dos polos opuestos: el del ser y el de no ser». (3)

R. C. V.



(1) Pío XII - Discurso con motivo de la canonización de San Nicolás de Flüe. Vid. CRISTIANDAD, n.º 79 año 1947
(2) Vid. «Una Nueva Edad Media» pág. 34
(3) Vid. Berdiaeff, ob. cit. pág. 88

EL IDEAL POLITICO EN LA CRISTIANDAD MEDIEVAL



"Schola" medieval

Es obligado al someter a nuestra consideración el estudio de una determinada época de la Edad Media repetir una vez más que la ponderación de las instituciones sociales y políticas que entonces cundieron no supone el desconocer los graves errores y las violaciones graves cometidas por los mismos que en el terreno de los principios y de las doctrinas se aproximaron tanto al ideal de una sociedad concebida y estructurada en cristiano.

Una visión amplia de la Edad Media ha de contar necesariamente con todos los elementos de juicio. Ha de profundizar sin miedo alguno en el fondo de todos los acontecimientos. El notar en ellos los sedimentos de una mentalidad bárbara, a veces brutal, cuando la Iglesia atravesaba el período culminante en la gestación de su obra civilizadora, nada tiene de particular a los ojos de quien quiera escrutar tales paisajes históricos sin sombra de prejuicio.

No es, pues —insistamos de nuevo—, una regresión a la Edad Media lo que postula el estudio y si se quiere la admiración de aquel portentoso intento de edificar una Cristiandad auténtica. Reprobemos, enhorabuena, lo que haya de injusto y de feroz y, ¡por qué negarlo!, de inmoral, en la aplicación de unos principios consagrados por la Iglesia y respetados por una sociedad que no supo suficientemente afinar lo que había en ellos de saludable y bienhechor, fruto quizá de las reminiscencias de aquella barbarie que la Iglesia no pudo arrancar de cuajo. Pero librémonos de extender y generalizar a los principios mismos la reprobación que en tratándose de las personas pudiera ser justificada.

«Sobre gustos no hay nada escrito»

Es un axioma que corta con frecuencia y tajantemente muchas discusiones en que se muestra la disparidad de criterio en puntos que no se estiman fundamentales. Si a éste añadimos el de que "todas las comparaciones son odiosas" se nos cierra, afortunadamente, el camino que de intento rehuiríamos, del cotejo entre edades y épocas en orden a su mayor o menor perfección en el plano del ideal. El mirar atrás para aprender las lecciones de la experiencia y de la historia no significa quedarse rezagado en este apresurado acontecer de los tiempos nuestros. El hombre es siempre perfectible teniendo como tiene la santidad por meta. Las sociedades, constituidas al fin por hombres, tienen también una capacidad de perfección que sólo el tiempo hace desarrollar en toda su plenitud.

En este camino de perfección que ha de desembocar en el Reinado efectivo de Jesucristo en el mundo, hemos avanzado, desde el momento que cada día está más próximo el triunfo final de la Iglesia en que el Reino de Cristo consiste. Pero este avance, que llamaríamos necesario, no ha encontrado quizá en la libertad del hombre un aliado suficientemente eficaz. El hombre no puede enteramente destruir los planes de Dios y de su Providencia. Puede, en cambio, libremente y por sus esfuerzos y méritos propios apresurar, supuesta la gracia de Dios, la realización de estos mismos planes. En este sentido, y sólo en éste, las realidades de la Cristiandad medieval respondían a una concepción más integral y más católica, pues que se aproximaron en gran manera al ideal de armonía entre los dos poderes, el eclesiástico y el civil.

"Hubo un tiempo —escribe León XIII— en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces la fuerza de la sabiduría cristiana penetraba de su divina virtud las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos; enfermaba todas las clases sociales y sus mutuas relaciones, porque la Religión instituida por Jesucristo gozaba indiscutiblemente de la preminencia que le es debida, floreciendo en todas partes con el beneplácito de los príncipes y con una legítima protección de los magistrados, cooperando el sacerdocio y el Imperio en una feliz concordia" (1).

León XIII afirma sin rodeos refiriéndose precisamente al período de la Edad Media que historiamos que "hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados". Pío XI en la encíclica "Ubi Arcano", sin negar ni soslayar ninguno de los defectos de aquella Edad, la llama "verdadera sociedad de naciones..., familia de pueblos cristianos" (2). Para nosotros, católicos e hijos fieles de la Iglesia, no pueden tener mucho valor las afirmaciones, algo gratuitas, de historiadores y eruditos que contradigan al Maestro y Doctor universal por excelencia. Preferimos el testimonio de su autoridad, sin que por esto des-

(1) León XII, Encíclica «Inmortale Dei», Cristiandad, n.º 79.

(2) Pío XI, Encíclica, «Ubi Arcano» Vid. «Al Reino de Cristo por la devoción a Su Sagrado Corazón», pág. 121.

deñemos el que nos ofrece el estudio imparcial de la Historia.

¿Gobierna hoy día a los Estados la filosofía del Evangelio?

San Enrique, Emperador

El siglo X no es, visto desde fuera, el más digno de ser ensalzado. Quizá desde dentro podríamos decir lo mismo. Ni el Pontificado ni el Imperio mantuvieron la línea de miras elevadas que en los albores del siglo anterior hicieron concebir halagüeñas esperanzas a los que vieron ceñir la tiara a un León III y lucir la diadema imperial a Carlomagno. Los sucesores del llamado restaurador del Imperio Romano de Occidente no supieron responder a la altura de su misión. León V, Sergio III y Juan X estuvieron muy lejos de ser Papas modelos. Es verdad que Silvestre II rompió la serie de Papas indignos creados por las intrigas de familias sin escrúpulos y dió con su Pontificado breve pero fecundo (999-1003) días de gloria a la Iglesia. Pero su muerte precedida el año anterior por la del Emperador Otón III, vino a destruir en lo humano las esperanzas de una estabilidad en el Imperio, entonces más necesaria que nunca.

Este es el cuadro con que se encontró Enrique II al ser elegido Rey el año 1002 en la dieta de Werla. Su coronación como Emperador tuvo lugar doce años más tarde.

Un hecho, ocurrido en los comienzos del siglo X y relegado por muchos historiadores a un segundo plano explica mejor que ninguno el que después de una época tan calamitosa surgieran en los comienzos del segundo milenio una serie de reyes y príncipes santos que hacían de la virtud su primera arma de lucha y de victoria: la fundación en 910 de la Abadía de Cluny por el Duque Guillermo de Aquitania.

Los santos no se improvisan. Ni la obra de un Emperador Santo hubiera podido quizá conseguir plena realización sin el glorioso precedente de la reforma cluniacense, que purificó la atmósfera espiritual sobrecargada de crímenes vergonzosos que culminaron en el despotismo del que llegaron a ser víctimas los mismos Papas.

San Enrique, antes ya de ser coronado Emperador, favoreció decidida y eficazmente a los cluniacenses y en general a todas las instituciones monásticas. Este hecho es expresión de la idea dominante que debió gobernar su política. "Que no se imagine nadie —escribe uno de sus más recientes biógrafos— que en ello no hubo de su parte más que simples obras pías. En esta época, el orden monástico se presentaba como un organismo maravillosamente adaptado a la obra de la civilización. El monasterio era una ciudad viviente, alrededor de la cual se agrupaban poblaciones enteras a las que los monjes aseguraban el bienestar por el trabajo... En fin, cada centro monástico constituía un lugar de oración, de estudio, de actividad civilizadora. Por su vida regular, mortificada, laboriosa, en medio incluso de los más grandes bienes, el monje no cesaba de dar al laico, al seglar, esta gran lección de cosas; que el hombre tiene otro futuro para preparar distinto del de la tierra, y que es preciso levantar los ojos al cielo para entender la vida presente. El Rey Enrique se dió cuenta del poder moral de los monjes y, utilizándolo, hizo una obra de buen político" (3).

(3) Citado por F. Monrret, en «Histoire de l'Eglise», tomo IV, pág. 93.

El ideal del Imperio según San Enrique

Las ideas ambiciosas y grandes se pueden resumir en frases breves: El ideal del Emperador Santo, Enrique II, fué el Reinado de Dios sobre la tierra. El Imperio brazo defensor y servidor de la Iglesia.

Sirviendo con fidelidad a este ideal no podía levantar recelo ninguno (aparte las razones históricas que la hacían hasta cierto punto necesaria) su intervención, que alguien ha creído abusiva, en el nombramiento de Obispos. Concentrando éstos en sus manos junto con el poder espiritual una notable parte de poder temporal, dado que eran los señores de los territorios atribuidos a sus sedes, la ingerencia del Emperador no podía ser, en principio, perjudicial siempre y cuando no fuera más allá del campo en que debió circunscribirse: el de lo exclusivamente temporal.

La importancia que llegó a adquirir esa intervención del Emperador en la designación de obispos no residía en el uso de una facultad que la Iglesia misma admitía y que en tiempos de San Enrique produjo excelentes resultados, sino en su degeneración abusiva y tiránica que hizo levantar, enérgica, la voz de la Iglesia y de los Papas.

"En el espíritu de San Enrique —escribe uno de sus biógrafos— la entente filial con la Iglesia no implicaba ni teocracia sirviendo al poder temporal ni cesarismo sujetando al poder espiritual." Un hecho mismo atrae con San Enrique bienes innumerables a la Iglesia y al Imperio con la elevación a la sede episcopal de hombres virtuosos y santos; y provoca con un Enrique IV y Federico Barbarroja la guerra de las investiduras. ¿Dónde estaba la anomalía? ¿En una facultad rectamente usada en uno, cuidadoso ante todo del honor de la Iglesia y del bien de las almas, o en la ambición desmedida y despótica de los otros, que revertían esta misma facultad torciéndola con violencia hacia la satisfacción de sus personales intereses?

Demasiada importancia se concede a una intervención que los tiempos señalaban como necesaria y bienhechora, y muy poca en cambio al espíritu que informaba a los que de ella hacían uso. Se ha discutido sobre formas y se ha olvidado el verdadero contenido. Se vituperan unas acciones externas impuestas por las exigencias de una sociedad en período de formación y se soslaya la raíz verdadera que malogró aquel germen de armonía entre potestades llamadas a



San Enrique y Santa Cunegunda

unirse y abrazarse en estrecho lazo para bien de todos.

Los príncipes que de verdad quisieron servir a la Iglesia nada tuvieron que temer de ella. Las calamidades habían de venir no por los que servían, sino por los que pretendieron ser servidos. Una simple reversión de lo activo a lo pasivo pudo desatar las tempestades que destrozaron el Imperio manteniendo invicta e invencible a la Iglesia.

“Con el apoyo de los hombres de Iglesia—escribe Lesètre— de acuerdo siempre con el Soberano Pontífice, San Enrique, trabajó en afirmar y propagar las costumbres cristianas en su Imperio... En compensación la Iglesia le consagraba, le coronaba, le prestaba a su poder el prestigio de la religión, hacía de él el Jefe respetado e indiscutido de un gran Imperio. Así se constituía ya con algún éxito esta gran familia humana cuyo cuerpo forman las naciones creyentes, cuya alma es la Iglesia y que se llamaba con el hermoso nombre de la “Cristiandad” (4).

¿Se consiguió plenamente el ideal político?

El ideal no se consigue nunca en este mundo. Los que lo pretenden no son idealistas. Son ilusos. Obligación nuestra es luchar por el ideal, aproximarnos a él lo más posible. Esto concuerda, por otra parte, con las más profundas tendencias del corazón humano.

Con el Emperador San Enrique al frente del Imperio y al servicio de la Iglesia, San Esteban rigiendo los destinos de Hungría, Roberto el Piadoso, empuñando el cetro en Francia, Canuto el Grande en Inglaterra, Sancho el Mayor en España, San Wladimiro en Rusia y tantos otros príncipes santos que luego siguieron, celosos todos de la gloria de Dios y que por aquellos mismos tiempos constituían una pléyade de generosos defensores (no “protectores”) de la Iglesia, ¿quién duda que se llegó a una cima no superada en el camino del ideal de una auténtica Cristiandad?

Con todos sus vaivenes e inconsecuencias, aquella sociedad respetaba y temía el poder espiritual de los Pontífices. “Cuando la excomunión (de un Papa contra un príncipe) —escribe Mourret— se hubo pronunciado de una manera muy solemne, en materia grave y sin restricción, despojaba al excomulgado de toda dignidad, incluso temporal, y desligaba a sus súbditos de toda obligación de obediencia y de fidelidad hacia él, hasta que hubiera satisfecho a la “Iglesia haciéndose absolver” (5). La excomunión de Gregorio VII contra Enrique IV y sus principales partidarios fué como un trueno que en expresión de Bonizo “hizo temblar al mundo entero” (6). Lo mismo ocurrió cuando Urbano II excomulgó a Felipe I de Francia. “A partir del día en que el anatema pesó sobre su cabeza, Felipe no se revistió ya más de las insignias de la realeza.” “Durante cerca de quince años —escribe Orderio Vital— el Rey Felipe no llevó corona, ni fué revestido con la púrpura, ni figuró como soberano en ninguna fiesta” (7).

Los vasallos poderosos aprovechaban —con torci-

das intenciones si se quiere— la circunstancia de estar desposeído su Rey de su autoridad para levantarse contra él y mermar sus territorios y su fuerza. No son laudables tales propósitos, pero lo cierto es que los reyes habían de temer seriamente el enfrentarse con quien, excomulgándolos, les privaba de aquello mismo que su ambición desmedida quería acrecentar. “Cuando la Iglesia levantara su brazo maternal contra los usurpadores para salvaguardar los derechos superiores de su misión divina y civilizadora, se la acusará de atentar contra las prerrogativas esenciales de las soberanías temporales, sin observar que los primeros golpes no venían de ella; que ella se mantenía en una defensiva necesaria y que si, en ciertas épocas de la historia, Dios no le envió Pontífices enérgicos, fué entonces cuando cundió en el mundo el triunfo casi sin medida de la espada contra la Cruz, del hecho contra la idea, de la fuerza contra el derecho” (8).

Conclusión

No es éste el lugar para poner de manifiesto las verdaderas causas del fracaso, trágico fracaso, de aquel intento de forjar una “Cristiandad” en cuya empresa fué San Enrique esforzado y glorioso paladín. Mucho dice en favor de quienes sustentan la tesis de que a los legistas de Bolonia cabe mucha responsabilidad al adular a los emperadores y legitimar con sus equivocadas glosas al Derecho Romano, lo que antes de ellos era considerado como una usurpación manifiesta, el hecho de que Honorio II juzgara oportuno prohibir a los eclesiásticos el estudio de las “Pandectas” y el de que Graciano hiciera con respecto al Derecho Romano lo que los escolásticos con respecto a la filosofía de Aristóteles: utilizar los métodos y los elementos asimilables y rechazar su espíritu.

El espíritu del Derecho Romano era evidentemente opuesto a la concepción cristiana de la sociedad que estuvo a punto de madurar en tiempos de San Enrique. Los frutos de aquel espíritu los está saboreando la humanidad de hoy. Harán falta quizá algunos años más para comprobar la intensidad de su amargura.

* * *

No soñamos con la “teocracia” medieval. Nos haga menos el cesarismo que la siguió. Siendo extremos, poco bueno habrá en ellos. Estamos muy lejos, no obstante, de suscribir la postura de quienes con reacción exagerada y también extremista, atentos sólo a las formas, ya caducas, en que aquel ideal de Cristiandad cristalizó, se constituyen en debeladores de todo lo que supone unión y armonía entre las potestades eclesiásticas y civil y hablan, incluso a católicos, de una “laicidad” en el Estado como ideal que no sólo ha de tolerarse, sino que ha de ser común objeto y deseo de todos los cristianos.

Creemos en la distinción de los poderes. Defensores —aun hoy— del ideal y de la tesis católicos, no propugnaremos jamás su separación.

Roberto Coll Vinent

(4) Vid. «Saint Henri» de Henri Lesètre, pág. 169.

(5) Op. cit., pág. 179.

(6) Mourret: «Histoire de l'Eglise» tomo IV, pág. 228.

(7) Citado por Mourret: «Histoire de l'Eglise» tomo IV, pág. 192.

(8) Lesètre: «Saint Henri», pág. 169.

LA TRAGEDIA DE LA EDAD MEDIA

El porqué de la palabra tragedia



EN trance de dar a conocer lo que pensamos, a menudo se echa de menos la palabra o el giro exacto que baste por sí sola a expresar nuestra idea, sin necesidad de escolios ni de interpretaciones. Algo de eso nos sucede hoy al hablar de la tragedia del Medioevo. Empleamos la palabra tragedia para indicar simplemente el hundimiento de la Cristiandad medieval. Tragedia, en su acepción clásica, vale tanto como lucha y aun como fracaso en último término, frente al hado de los dioses. En nuestra mentalidad cristiana, frente a la disposición de la Divina Providencia. El hombre fracasa en su empeño, no por la maldad de su obra, sino porque así lo dispone Dios. La muerte de un soldado valeroso en el campo de batalla, máxime cuando lleva consigo la derrota del ejército de que formaba parte ¿no viene a ser en el fondo una tragedia? Sin embargo, al correr de los años aquella muerte gloriosa se convertirá para los descendientes del soldado en motivo de legítimo orgullo y en timbre de noble ejecutoria del espíritu. Será antorcha de viva luz que, en los momentos de desconcierto, iluminará para los mejores la senda de la victoria. La muerte, en suma, no supone siempre el fracaso de una idea.

Sería totalmente erróneo deducir de la caída de la Cristiandad medieval, la idea del absoluto fracaso de los principios que la inspiraron. En lo que tienen de más puros, esos principios son eternos, por lo mismo que es eterna la Verdad que les dió vida. La experiencia presente, aumentada con el bagaje del conocimiento de la Historia, nos habla con insuperable elocuencia del fracaso irremediable, de la indigencia absoluta en orden a aportar medios de salvación, de las doctrinas por cuyo advenimiento se creyeron definitivamente, y en mejor, superadas, aquellas otras que informaron la estructura de unos siglos ávidos como ningunos de acercarse al ideal del Cristianismo. Tragedia, pues, y no fracaso.

Lo específico medieval

Frente al Imperio Romano que simboliza la unidad meramente política, la Edad Media expresa la unidad espiritual. En presencia de esa realidad substancial, ceden otras que no dudamos en calificar de meramente circunstanciales, como el feudalismo en el orden político social y, en el puramente particular de los fenómenos de la conciencia, la idea de la Naturaleza como misterio, cuyo desvelamiento constituirá una de las características del renacer humanístico. El sentido de la naturaleza-símbolo es producto en gran parte del clima espiritual en que se había forjado el alma germánica (no se olvide a ese respecto que el Renacimiento, extremo contrario de aquel espíritu, tiene su avanzadilla en las mediterráneas comarcas de Italia). Y en cuanto al Feudalismo resulta de la preponderancia, en el borde del hundimiento del sistema social romano, del campo sobre el municipio. El signo diferenciador de la Edad Media es, pues, repetimos, el hecho de la uni-

dad espiritual dimanante de la profesión de una misma fe en todos los pueblos de la Europa de entonces.

Sólo por efecto de la acción de largos años de racionalismo puede explicarse esa actitud de extrañeza del hombre de hoy ante lo que estima supuesta trascendencia social, política y aún económica de la religión. Y, ello no obstante, semejante repercusión de la idea religiosa cae de lleno dentro de los límites de la lógica más exigente. A la realización del destino forzosamente ultraterreno que una determinada profesión de fe asigne al hombre, no cabe en manera alguna le sean indiferentes, por ejemplo, los sistemas políticos con arreglo a cuyas directrices tiene que desenvolverse la vida de los ciudadanos. Concretamente y enfocando el problema desde el ángulo de la única verdad religiosa, la católica, aquella organización política de la sociedad será más justa, que mejor sirva al fin particular de la salvación del hombre y al general, que obliga a la sociedad a rendir la debida alabanza al Sumo Hacedor y Señor de todas las cosas. En esa región de ideas, no creemos aventurada la afirmación de que si el mundo medieval no aparece exento, como no lo está el moderno, de la aberración de la voluntad, sí se halla mucho más limpio que este último en lo que atañe a la culpa de la inteligencia.

La índole del presente trabajo y el pie forzado de su extensión, necesariamente reducida, nos impiden extendernos sobre los diversos puntos que muestran, a nuestro entender, la verdad de la antedicha consideración. Recordemos, brevisísimamente siquiera, que el Imperio de Carlomagno, universalmente considerado como punto de partida de la nueva época, responde, pese a sus evidentes deformaciones, a esa idea de concebir por modo omnicompreensivo todo el quehacer terreno en función del destino sobrenatural del hombre. Christopher Dawson señala en "Los orígenes de Europa", que si bien la obra de Carlomagno y sus colaboradores, que pusieron sus manos en la empresa con los ojos de la mente muy abiertos a la idea agustiniana de las Dos Ciudades, estaba, por prematura, condenada a una pronta desaparición, tuvo, no obstante la virtud de dejar a salvo para futuras tentativas que culminaron en el Sacro Romano Imperio, la concepción del poder material al servicio en último término del bien espiritual. Y escribe después a propósito de la intervención de Gregorio IV en las discordias suscitadas entre los nietos de Carlomagno: "Episodio que señala la aparición de una nueva pretensión de supremacía del poder espiritual sobre el temporal y de los derechos de la Iglesia a intervenir en los negocios del Estado, que prejuzga la ulterior evolución medieval" (1). La cita del profesor del Exeter pone al descubierto el verdadero "cardo questionis" de los escolásticos. En efecto, hemos dicho que la nota peculiar del Medioevo fué la unidad espiritual. Ahora bien, lo verdaderamente característico de una unidad es la fórmula de su dimensión política. A saber: el poder indirecto de la Iglesia. En el instante en que los príncipes de la tierra nieguen con

(1) Obra citada. Trad. cast. de F. Elías de Tejada, pág. 284.

PLURA UT UNUM

fundamentos científicos importados del Derecho Romano, semejante poder, habrá dado comienzo la tragedia del Medioevo.

La Doctrina del poder indirecto según los Papas.

Transcribimos literalmente unos fragmentos de la doctrina de los Papas Inocencio III, figura cumbre de la Cristiandad medieval y León XIII, el gran restaurador de la Escolástica, sobre este interesantísimo punto. Dice el primero en carta a Guillermo VIII de Montpellier, citada por Mourret: "El poder de los príncipes se ejerce en la tierra, el de los preladados en el cielo. Aquéllos gobiernan solamente los cuerpos. Estos las almas. De esta suerte, el sacerdote está tan por encima de la realeza, cuanto lo está el alma sobre el cuerpo" (1).

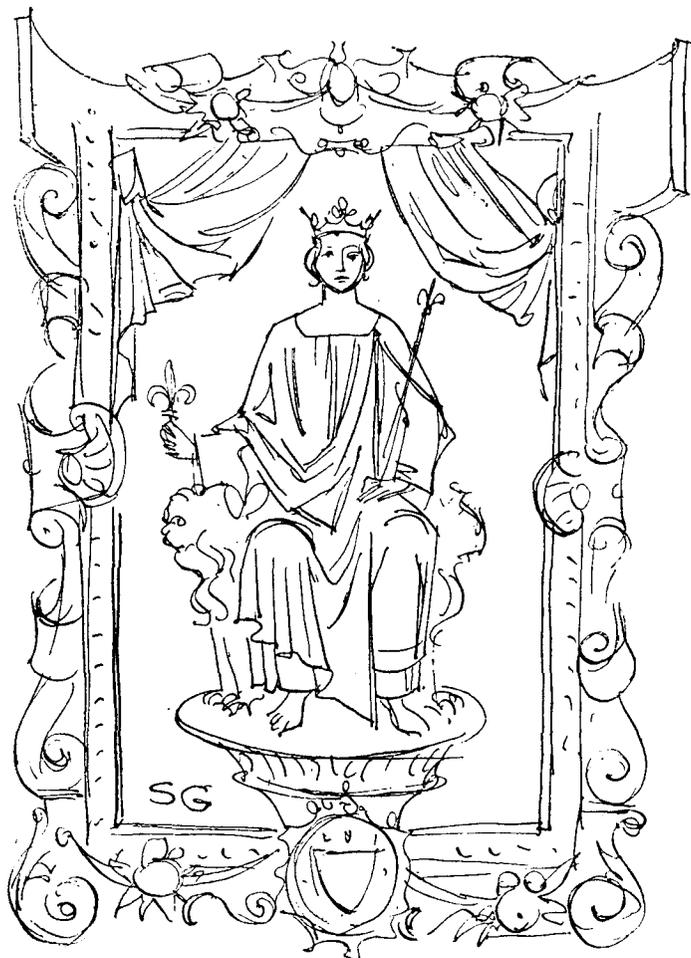
Leemos en la magistral encíclica de León XIII "Inmortale Dei": "Cuanto hay de sagrado en las cosas humanas, cuanto haga referencia a la salud de las almas o al culto de Dios, ya sea tal por su naturaleza, ya se entienda serlo por razón del fin a que tiende, está bajo la potestad y el arbitrio de la Iglesia."

Las consecuencias que fluyen de una tal doctrina, mantenida en todo tiempo por la Iglesia, según se desprende de las palabras de dos Papas tan separados por el tiempo, son obvias. Además del poder directo de la Iglesia sobre las cosas espirituales, existe otro indirecto sobre las temporales, en cuanto puedan éstas presentar alguna conexión con las del espíritu. Admitir la doctrina del poder indirecto equivale a aceptar la posibilidad de la existencia, por una parte, de cierto Tribunal Superior de Arbitraje, que dirimiría en cada caso las desavenencias entre las naciones aplicando el criterio de un Bien Común, inseparable de otro Bien trascendente y, por otra, de una fuerza represora de cualquier clase de despotismo o tiranía, incompatible con los derechos que a todo hombre se le reconocen por el sólo hecho de la calidad de persona que ostenta. En el caso histórico que nos ocupa, el poder indirecto vino a ser la forma, en la acepción filosófica del término, de la unidad espiritual entre las naciones. Se comprende, entonces por qué razón dijimos antes, que roto ese poder, quebraba la unidad que de él dependía.

Quidquid principi placuit, legis habet vigorem

La archisabida fórmula del cesarismo: "Quidquid principi placuit..." fué la divisa que agrupó bajo una misma bandera a cuantos desafiaron el poder indirecto de los Papas. Históricamente, como es sabido, el principio romano alcanza su eficacia inicial, que lleva aparejada en contrapartida, conforme llevamos dicho, el comienzo de la descomposición de la Cristiandad, con el Emperador Federico II y el Rey Felipe el Hermoso de Francia.

Federico II de Suabia, ciñó a un tiempo sobre sus sienes por condescendencia del Papa, las dos coronas real de Sicilia e imperial de Alemania. Las ideas absolutistas de los juristas napolitanos se trocaron, al querer el Emperador aplicarlas en el gobierno de todo el Imperio y en sus relaciones con la Santa Sede, en gérmenes de continuas discordias que a la larga acabaron con la supremacía del Imperio y el poderío de los Suabia. Síntesis del absolutismo que



Felipe IV el Hermoso

rezuman las ordenaciones del Emperador para el gobierno de Sicilia, es el famoso párrafo: "No conviene disputar sobre el parecer del Príncipe ni acerca de sus providencias e instituciones, pues ello es lo mismo que un sacrilegio" (1). Los sucesores de Federico desandarían en cierto modo el camino recorrido por éste, al prometer seguir adelante en su misión de brazos armados de la Iglesia. Pero, en realidad, tal promesa era en aquellas alturas de un valor muy relativo. A partir de la muerte del Hohenstaufen el poderío y consiguiente importancia del Imperio va quedando, cada día más, en puro nombre. En ese supuesto, ¿habrá que concebir a la Cristiandad medieval dependiendo en su existir del Imperio? En el plano de la teoría, no, ya que en el fondo bien puede el Imperio, en lo que afecta a la unidad espiritual, ser considerado como una partida más en la cuenta de las realidades circunstanciales de que hablábamos a los comienzos. Históricamente, en cambio, debemos inclinarnos, so pena de negar lo evidente, a una conclusión afirmativa. La unidad espiritual y su consecuencia en el orden político: el poder indirecto de la Iglesia, hubiera podido continuar incólume, de mantenerse las diversas naciones, en los momentos de decadencia del Imperio, en la misma tesitura de adhesión a los principios del Derecho Público cristiano, que hasta entonces, y de un modo ideal, al menos, habían conservado. Pero la brújula de la supremacía del poder se orientaba en aquellos instantes hacia la Corte de Francia, en busca de la persona del nieto de San Luis Felipe el Hermoso. No hay que remontarse a los precedentes de su educación bajo el

(1) Innocentii III. Epistolae T. I. p. 548.

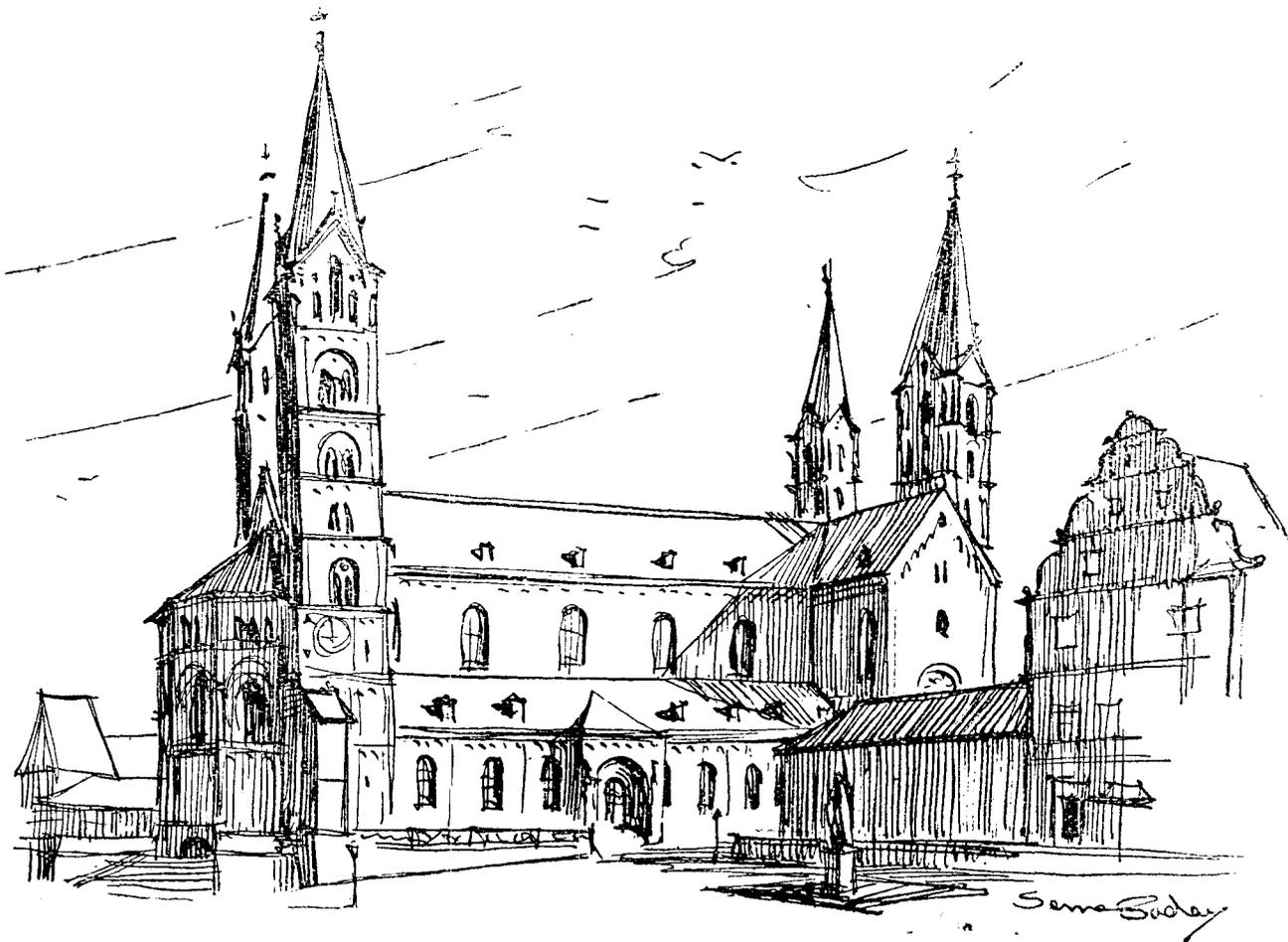
(1) Const. I. 4.

cuidado de Egidio de Colonna, el romanista autor del "Regimine Principum" ni refrescar la memoria de las frases despectivas para el Papado, que pone Muntaner en boca del entonces heredero de la Corona de Francia cuando la espantosa derrota de los ejércitos de su padre en la trágica retirada de Cataluña, para entender el entusiasmo de Felipe el Hermoso por el principio absolutista opuesto al ideario de la Cristiandad. Basta en este aspecto tener presente la personalidad de Felipe el Hermoso, como símbolo de una nueva época en la que el poder real busca el apoyo de las ciudades para abatir el desmedido afán de dominio de la nobleza. Las aspiraciones de las ciudades no tenían que ver lo más mínimo con la lucha entablada entre el poder real y el eclesiástico. A partir de Felipe el Hermoso, los reyes buscarán en las ciudades el auxilio material para el logro de unas pretensiones cesaristas que aquéllas sufrirán por el momento de buen grado, con tal de alcanzar la pujanza y el poderío suficientes para vivir con entera independencia de los avatares a que les sometían las ambiciones de los nobles. De aquí a la afirmación de que se debe a la recepción del espíritu del Derecho Romano el nacimiento de la vida moderna asentada en las ciudades, media ciertamente un abismo.

El cesarismo de los reyes significa la primera fisura abierta en el bloque grandioso de una concepción total del mundo y en términos generales de la Creación, en marcha hacia Dios y en la que el hombre se siente integrado con papel preponderante como conviene a quien por voluntad divina es rey de la Creación. Sucesivas hendiduras, cuyos nombres son demasiado conocidos para que nos sintamos obligados a

nombrarlos, acabarán por cuartear el bloque y darnos las ruinas de nuestra hora. Como reafirmación de nuestra profesión de fe en la virtualidad indeficiente de los principios cristianos que hicieron posible otra la unidad espiritual del mundo, queremos poner fin al presente artículo con las palabras con que Dawson cierra su obra anteriormente citada: "Sentimos otra vez la necesidad de una unidad espiritual o, a lo menos, moral. Nos damos cuenta de la insuficiencia de una cultura puramente occidental y humanística. No nos satisface ya una civilización aristocrática que encuentra sus motivos de unidad en cosas superficiales y externas, ignorando las hondas exigencias de la naturaleza espiritual del hombre. Y al mismo tiempo, no sentimos idéntica confianza en la superioridad innata de la civilización de Occidente y en su derecho a dominar el mundo. Nos hacemos cargo de las reclamaciones de los pueblos y culturas sometidas, y sentimos la necesidad tanto de una protección frente a las fuerzas del mundo oriental, cuanto de un contacto más estrecho con sus tradiciones espirituales. Cómo satisfacer esas necesidades e incluso saber si es hacedero hacerles frente, es cosa que al presente únicamente cabe resolver por conjeturas. Pero no debe olvidarse que la unidad de nuestra civilización no se apoya solamente sobre las bases seculares y sobre los adelantos materiales de los cuatro siglos últimos. Hay en el mundo europeo tradiciones más profundas y debemos ahondar debajo del Humanismo y de los triunfos superficiales de la Civilización moderna, si queremos topar con las fuerzas cardinales, al par sociales y espirituales que contribuyeron a forjar Europa."

Carlos Felgu de Travy



Catedral de Bamberg

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

VI

Digresión episódica

ACOPLAMIENTO PASMOSO: CÉSAR BORGIA E IÑIGO DE LOYOLA



En un prólogo con que un escritor afamado encabeza un libro de otro autor afamado —ambos españoles— hemos dado con ese acoplamiento de nombres propios de persona que a bastantes de los lectores, tal vez a la generalidad, le habrá resultado sorprendente. Y a la verdad, te lo confieso, buen lector, yo mismo, al tropezar con la combinación de estos dos nombres propios, repetida e intencionada en un par de páginas, sentí una manera de paro mental, de aquel paro que se causa en la mente por el choque inesperado de una vaciedad, de una sinrazón, de un despropósito. Al poco rato reaccioné con más atención y serenidad y juzgué que podría ser de provecho a no pocos lectores de *CRISTIANDAD* el tener alguna noticia de la nota personal que en César Borgia y en Iñigo de Loyola han captado novelista y prologuista y en qué fundan la justicia de aparejarlos. Así, pues, he determinado copiar a la letra el fragmento del prólogo que será suficiente, a mi parecer, para que por tí mismo, amigo lector, puedas tener idea del porqué del paradójico acoplamiento: César Borgia-Iñigo de Loyola.

He preferido no consignar en este artículo el nombre y apellido del autor ni del prologuista; ni tampoco citaré el título del libro a cuya lectura introduce el prólogo ni el de la novela del mismo autor del cual están tomados los fragmentos que el prologuista va citando.

Para más fácil inteligencia de lo que te invito a leer, cuando las palabras por mí transcritas sean propias del prologuista, las introduciré esta misma palabra: «Prologuista», y aquellas otras que el prologuista toma, no de la obra prologada, sino de una novela más antigua del mismo autor, irán en esta copia precedidas del vocablo «Novelista». Advierte que el libro prologado fué impreso en 1939 y la novela hacia 1910.

Prologuista. — «Alguien que me lea —quizás el propio autor— creará que estoy hablando en broma. Deformando las cosas y tiñéndolas a mi gusto. Pero el texto está aquí: limpio y poético, como todas las visiones certeras y lunguimigrantes. El autor (es decir, el héroe de la novela) reflexiona ante el máximo fenómeno de las relaciones de España con Roma.

Novelista. — «Me ha extrañado el paralelismo de la obra de César Borgia y de Iñigo de Loyola; lo que intentó uno en la esfera de la acción lo hizo otro en la esfera del pensamiento.

«Estas dos figuras españolas gemelas, las dos odiosas para la mayoría, han dado la dirección a la Iglesia: una, impulsándola al poder espiritual, Loyola; otra, al poder temporal, César Borgia. «Se puede decir que España dió a la Roma de los Papas el pensamiento y la acción, como a la Roma de los Césares le dió también pensamiento y acción con Séneca y Trajano.

Prologuista. — «El autor saca una conclusión decisiva de este fenómeno hispánico, de esa experiencia retrospectiva. La quiere actualizar, presentir, como si respondiera a una constante histórica, a un genio nacional.

Novelista. — «Este brío español que en sus dos impulsos, espiritual y material, dió nuestro país a la Iglesia... debía intentar hoy en beneficio de sí mismo. La obra de España debía ser organizar el individualismo extrarreligioso.

Prologuista. — «¿Qué entiende el autor, el novelista, por individualismo extrarreligioso? Pronto veremos la sorpresa.

Novelista. — «Somos individualistas, prosigue. Por eso, más que

una organización democrática, federalista, necesitaríamos una disciplina férrea, de militares...

«Planteada esa disciplina, debíamos propagarla por los países afines...

«La democracia, la república, el socialismo, en el fondo no tienen raíz en nuestra tierra. Familias, pueblos, clases, se pueden reunir con un pacto; hombres aislados, como somos nosotros, no se reúnen más que por la disciplina.

«Además, nosotros no reconocemos prestigios ni aceptamos con gusto ni rey, ni presidente, ni gran sacerdote, ni gran mago.

«Lo único que nos convendría es tener un jefe...

«El Loyola del individualismo extrarreligioso es lo que necesita España.

«Una filosofía fría, realista, basada en los hechos.

«Y una moral basada en la acción.

Prologuista. — «Este es, sin duda, el primero de los textos fascistas, la primera profecía fascista lanzada en la Europa de hace veinticinco años.

«El autor, el novelista, intuye al fascismo como individualismo extrarreligioso y señala sus más firmes características. Disciplina férrea de milicias, al frente de las cuales haya un jefe único, es decir, un dictador, el héroe, el César.

«A España —y países afines (sentido imperialista de expansión)— es lo que le conviene. En España no tienen raíces ni la Democracia, ni la República, ni el Socialismo.

«¿Cuál ha de ser la filosofía, la doctrina de este sistema? Una filosofía fría basada en los hechos y una moral basada en la acción. Es decir, el estoicismo fascista.

«¿En qué antecedentes nacionales, tradicionales, íbamos a apoyar tal política, tal espíritu? Borja el César y Loyola el Santo; Séneca el Filósofo y Trajano el Emperador.

«Hace poco —sigue hablando el prologuista en el cuarto decenio de este siglo—, alguien eminente en Italia comparó la figura de Mussolini, del Duce del fascismo, con un Loyola laico.

«El novelista ya había previsto esa figura del nuevo tiempo que se acercaba en Europa. «El Loyola del individualismo extrarreligioso es lo que necesita España.» Es decir, el caudillo del Contrarreformismo, del Contramarxismo. En una palabra, del Fascismo.»

Con esto damos fin a esta larga cita de la novela de 1910, glosada por el prologuista de la otra obra del mismo novelista.

Algo añade el prologuista, mas por su cuenta, pero siempre con la intención de mantenerse fiel a la mente del novelista. A continuación copiamos con la misma fidelidad que la que hemos guardado hasta ahora.

«El novelista de 1910 estaba sometido a las mismas corrientes profundas que estremecían las entrañas de los mejores hombres de la época.

«O sea, la corriente *nietzscheana*, que iba a derivar al Cesarismo —teoría del Superhombre—;

«y la corriente *soreliana*, que iba a derivar al Sindicalismo heroico.

«El novelista expresa en esta literatura, hacia 1910, lo que Mussolini comienza a realizar diez años más tarde.

«Las cosas no se dan nunca arbitrariamente en la Historia.

«El novelista, Mussolini —entre otros espíritus estremecidos de aquella época—, perciben las ondas *nietzscheanas* y *sorelianas* de modo agudo el día que se ponen en contacto con Roma...

«Me place extraordinariamente haber mostrado este antecedente español precioso del auténtico fascismo.

«Hay gentes en España (académicos y putrefactos) que intentan enlazar la posibilidad de un fascismo español con Cisneros y no sé con quién más...

«Mientras en España se crea que el fascismo habrá de ser algo de sacristanes, señoritos y aristócratas del viejo tiempo, el fascismo se alejará cada vez más de España.

«Hay que ir al Loyola extrarreligioso.»

* * *

En resumidas cuentas, lector de *CRISTIANDAD*, el pensamiento de ambos, novelista y prologuista, en aquel tiempo

en que escribieron, se puede reducir a estas afirmaciones:

1.º España, para salvarse y prosperar necesita ser gobernada por un régimen fascista, de militares.

2.º El fascismo español ha de tener raigambre en la tradición española.

3.º Esta tradición no se personifica en Cisneros ni en otros, sino en Loyola, pero no en el Loyola tal como fué, sino en un Loyola que gobernara sin religión, con una disciplina férrea, de militares; con una filosofía fría, basada en los hechos; con una moral basada en la acción; con un estoicismo fascista.

Yo no sé si después de lo sucedido en este último decenio, dado que vivan aún en este mundo, se mantendrían, el novelista y el prologuista, en sus criterios de marras o si los habrían rectificado. Y si nos fuera concedido pedirles explicación, ante todo les suplicaríamos que nos dieran a entender qué es lo que quieren decir al hablar de un Loyola laico, extrarreligioso. ¿Por ventura han profundizado en el espíritu del histórico, del real, del existencial Iñigo de Loyola, hasta llegar a descubrir lo que hubiera él sido sin la fe religiosa, sin el espíritu cristiano, que fué la vida de su vida? A lo que parece, según ellos, lo que en él era de estimar era lo férreo de su militarismo, lo frío y realista de su filosofía, su moral basada en la acción, en una palabra, su auténtico estoicismo.

Lector amable, al poner ante tus ojos esta imagen espiritual de Iñigo de Loyola que el novelista y el prologuista han engendrado en su cerebro, no ha sido mi ánimo el emprender una refutación de su plan y mucho menos ponerlos en la picota.

Lo he creído provechoso para mí y para mis modestos artículos, porque con ello queda más justificado el tiempo que yo gasto en escribirlos y el que tú dediques a su lectura. Un varón que luego hará cuatro siglos que desapareció del teatro de este mundo, y que es tenido por personas que no le profesan particular amistad como el único capaz de gobernar a España, es digno de ser conocido. Y para esto no hay otro camino que presentarlo, no en una imagen fantasmagórica, sino en sus hechos y en sus dichos.

¿San Ignacio, intelectualista?

Pocas serán las personas tan extremosas que sin paliativos ni distingos lleguen hasta a acusar o a tildar de estoicismo a San Ignacio de Loyola, y aun de éstos no habrá casi ninguno que crea que el tal estoicismo pase de ser una mentalidad o espíritu difuso y llegue a afirmar que tal espíritu o mentalidad haya cuajado en una filosofía.

Mas, sin llegar a estos extremos, no son tan pocos en número los que le tachan de intelectualista, de ordenancista, de ser hombre que no reconoce ni tolera los fueros del sentimiento espontáneo ni de la iniciativa personal y cuya nota distintiva y característica es el estar dotado

de una voluntad imperiosa, no templada por la ternura y la condescendencia de un corazón comprensivo.

Este reproche, si no es acusación plena de estoicismo, tiene de ello resabios y dejos.

El que esto escribe publicó en «MANRESA», revista de Ejercicios, una serie de artículos que quedaron interrumpidos al estallar la revolución roja. En estos artículos, que llegaron a la docena, sólo a la luz del texto del librito de los Ejercicios, piensa que quedaban desvanecidas por completo tales apreciaciones, hijas del desconocimiento, de la superficialidad o de los prejuicios.

Estoy en la creencia, lector benévolo, que para no pocos cristianos San Ignacio es casi un desconocido. Y ésta es la razón principal que me ha movido a publicar en esta revista esta serie de artículos, dejando en manos de Dios el fruto que puedan producir.

Tiende el hombre instintivamente a encarnar en su fantasía las cualidades buenas o malas a que da valor en personas imaginarias o reales idealizadas. Y como en la realidad de la vida es harto frecuente que a la persona que se caracteriza por la pertenencia de una cualidad le falta otra que parece incompatible con la primera, se suele dar como ley natural que quien posee en un grado eminente una cualidad, o carecerá de la otra o la tendrá con grado muy deficiente o atenuado.

El cerebral no es hombre de corazón: el sentimental no piensa ni raciocina. Norma y vida, dinamismo y solidez, movilidad y fijeza, originalidad y docilidad, impulso vital y obediencia, etc., etc., ¿cómo en un mismo sujeto acoplarlo, combinarlo, fusionarlo?

¿Cómo sintetizar en Iñigo de Loyola la libertad irreflexiva del espíritu caballeresco de cruzada y el imperio incontrastable de una razón inflexible que impone en todo momento y caso las normas de la prudencia y evoca incesantemente las lecciones de la experiencia?

¿Cómo, me preguntas tú? ¿Tú lo juzgas imposible? Y, ¿por qué?, ¿por una ley a priori? ¿De dónde sale la ley? ¿De la experiencia? ¿Y si es la experiencia que enmienda la ley?

Iñigo de Loyola concibió el ejemplo típico de su Rey temporal. Analiza, examina, considera aquella parábola y hallarás en el Rey, en su espíritu, en su plan, en sus palabras, concebido y aunado en una síntesis vital, aquel conjunto de aparentes incompatibilidades. ¿Qué es lo que surgió a Iñigo concepción tan atrevida? ¿Nació del fondo de su alma o de las lecciones que le dió el mundo en que vivía? ¿Brotó del choque de su ideal con la defeción de lo real?

Hubieran sido los Emperadores del Sacro Imperio un tanto parecidos al Rey temporal de los Ejercicios y se hubiera realizado el ideal de la Iglesia: la auténtica Sociedad de Naciones. *Pax Christi in Regno Christi*. Mas ahora, ¿qué haremos los cristianos sino clamar: *Cor Iesu Sacratissimum. Adveniat Regnum Tuum?*

Ramón Orlandis, S. I.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **El ideal y la tragedia de la Cristiandad medieval** (pág. 321).

El ideal político de la Cristiandad medieval, por Roberto Coll Vinent (págs. 322 a 324).

La tragedia de la Edad Media, por Carlos Feliu de Travy (págs. 325 a 327).

El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola (VI), por el P. Ramón Orlandis, S. J. (págs. 328 y 329).

Los siglos de Imperio, por Pablo López Castellote (págs. 330 y 331).

La Cruzada de Occidente, por C. (págs. 332 a 335).

Por la anunciada Consagración del Mundo, por Agustín Flores Mta. (págs. 336 y 337).

La república del Ecuador se honra en poseer «La Azucena de Quito», por Luis Sanz Burata, Pbro. (págs. 338 a 340).

¿Hay que volver a la Edad Media?, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 341 y 344).

Quincena política (págs. 342 a 344).

ADVERTENCIA.—CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

Dos siglos de Imperio

Carlomagno

Una escena

El Campo de Mayo era la asamblea que, convocada por el Rey, deliberaba sobre los asuntos que éste proponía. En una de esas reuniones, habida en Paderborn el penúltimo año del siglo VIII, tuvo lugar una escena...

Las deliberaciones han debido ya comenzar, pero algo las ha interrumpido: veloz jinete ha traído una noticia en gracia de la cual ha cesado de repente la Asamblea. Tal vez deban prepararse para una rápida defensa contra los rebeldes sajones. Pero no; sus rostros no dicen eso, dicen más bien alegría, aunque velada a veces por nubecillas que oscurecen sus facciones al comentar entre sí lo que sucede. Diríase que esperan a alguien.

Un pequeño cortejo que desde el lejano horizonte se ha ido acercando parece ser el objeto de tales sentimientos. Persona principal debe ser su jefe, a juzgar por la expectación que despierta en los rubios germanos, no obstante su mísero atuendo. Se acercan a él respetuosamente, embarazosamente casi. Sus movimientos muestran el pueril deseo de ser notados por el personaje; son todo afección y cariño para con él. El mismo rey no obra de otro modo. Es el primer encuentro entre León III, Papa y Carlomagno, rey.

Graves acontecimientos han llevado hasta allí al Sucesor de San Pedro para solicitar ayuda del rey franco contra la levantisca aristocracia romana. Un partido capitaneado por los sobrinos del anterior pontífice, Adriano, ha intentado asesinar al Papa y le ha obligado a huír.

Sin embargo "este acontecimiento lamentable, que tuvo lugar en 799, dice Duchesne, puso pronto en evidencia la solidez respectiva de estos dos poderes y dió ocasión a precisar sus relaciones mutuas" (1). Dios, que sabe sacar bien del mal, y que a pesar de todo lleva su plan adelante, se sirvió de aquella desgracia para estrechar más la amistad entre los que pronto habrían de ser los artífices de aquella restauración, latente en el mundo como una aspiración y como una necesidad; aquella restauración, fase importantísima en la evolución que comienza a manifestarse con el Edicto de Milán y que debía tener como ideal llegar a "un tiempo en que la filosofía del Evan-

gelio gobernaba los Estados (...) y el Sacerdocio y el Imperio, concordes entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses" (2).

Carolo piisimo vita et victoria

Ya León III ha sido restituído a su honor. La ayuda de Carlomagno ha sido eficaz. Pero el Rey de los francos quiere devolver la visita al Santo Padre y ratificar con su presencia la solución del conflicto con la aristocracia romana. Y el final del drama no puede ser más glorioso para la Iglesia de Dios y su Pontífice: "No nos atrevemos a juzgar la Sede Apostólica, que es cabeza de todas las Iglesias, porque nosotros todos somos juzgados por ella y su vicario, pero ella no es juzgada por nadie"; estas son las palabras que contestaron los componentes de la Asamblea reunida por Carlos para examinar las acusaciones contra el Papa. Luego el mismo Papa, por propia voluntad, juró ser falsas las tales acusaciones.

Bajo estos auspicios y bajo esta doctrina fué restaurado el Imperio de Occidente. En efecto: pocos días después de haber oído Carlos de boca de la Asamblea por él reunida que "la Sede Apostólica no es juzgada por nadie", era coronado Emperador en la Basílica de San Pedro...

Noche de Navidad del año 800. El rey se dispone a asistir a la Misa de medianoche. En gracia del pontífice, según nos dice Eginardo, se ha despojado de su vestido "francisco" para vestir, al modo romano, larga túnica y clámide y ajustadas sandalias. "Ancho de pecho y robusto, de buena estatuta, ojos grandes y vivos, nariz algo mayor que lo ordinario, de blanco y hermoso cabello, y aspecto alegre y jovial" (3); he ahí la figura de quien pronto va a ser el sucesor de Augusto, descrita por su biógrafo Eginardo.

Si la llegada del Pontífice a Paderborn había causado expectación, no la causó menos la ceremonia de aquella noche en el pueblo romano. Terminada la Misa, León III toma en sus manos la corona de los césares y la coloca en la frente del poderoso Rey de los francos, mientras el pueblo con voces jubilosas prorrumpe en cánticos de alegría: "Carolo piisimo, Augusto a Deo coronato, vita et victoria."

Los Otónes

Un salto en el tiempo: Otón I

Quien a mediados de enero del año 962 se hallara en Roma, no podría por menos que notar en sus habitantes una nerviosidad especial. Parecía que esperasen de un momento a otro la libertad de un yugo que les oprimía. Dejemos la palabra a Liutprando, contemporáneo de estos hechos. "Reinaba en Italia, nos dice, la crueldad, o mejor aún la tiranía, que ejercían Berengario y Adalberto. Juan, Sumo Pontífice y Papa universal, cuya Iglesia había experimentado ya la crueldad de Berengario y Adalberto, envió como mensajeros de la santa Iglesia romana cerca de

Otón, entonces rey y ahora Augusto, a Juan, Cardinal diácono, y Azor, scriniario, para rogarle que le librase a él y a la Iglesia que se le había confiado de las garras de aquéllos y les restituyera a su antigua libertad" (4).

La aparición de una lucida cabalgata en las calles de Roma poco después, fué el prenuncio de la visita del rey Otón. Un pregón precedía a aquellos señores y de trecho en trecho gritaba: ¡Paso a los muy dignos señores Valberto, arzobispo de Milán y Hatón, Abad de Fulda, que traen a nuestro Augusto

(2) León XIII «Immortale Dei».

(3) Eginardo «Vita Carolis». — PL, XCII, col. 47.

(4) Liutprandi cremosensis episcopi Liber de rebus gestis Ottonis magni imperatoris, Pl. CXXXVI, col. 898.

(1) Duchesne. — «Les premiers temps de l'Etat pontifical», p. 170.

Pontífice los saludos del gloriosísimo rey de los francos, Otón!

Pocos días después, "el rey Otón se dirigió en paz a Roma, dice Flodoardo, y recibido con toda amabilidad, fué elevado allí al honor imperial" (5).

La coronación

Desde la muerte del abuelo de Berengario, hacía unos cuarenta años, el Occidente se encontraba sin cabeza. Carlomagno, a pesar de sus muchos méritos, no llegó a entender la idea del Imperio, sobre todo como realidad política (6), lo cual se tradujo en la continua merma y desprestigio que sufrió la autoridad imperial en sus sucesores hasta llegar a desaparecer. Sin embargo, no desapareció la idea, apoyada siempre por la Iglesia y reflejada en el pueblo como el deseo de un mundo mejor que idealizaban en Carlomagno, y concretada por los nobles en la necesidad de unión contra la anarquía interior y las invasiones de árabes, normando y eslavos.

Haciéndose eco de este sentir universal, el Pontífice Juan XII, muchacho de veintiún años, y cinco de Pontificado, fruto de aquella horrible "Edad de Hierro" y prueba de la indefectibilidad de la Iglesia (7), llamó, como arriba hemos visto, a Otón a ocupar el lugar de Carlomagno como defensor de la Cristiandad, no sin haber antes obtenido de él un juramento concebido en estos términos: "A vos, señor Juan, Papa, yo Otón os prometo y juro por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por el madero de la Cruz y por estas reliquias de santos que si, permitiéndolo Dios, llevo a Roma, exaltaré, según mi poder, la Iglesia romana y su Jefe."

La coronación se efectuó con no menor magnificencia que la de Carlomagno. "Recibido (Otón) con magníficas vestiduras y nunca visto esplendor, fué ungido de manos del mismo Sumo y universal pontífice, el Papa Juan, al cual no sólo devolvió las propiedades sino que le honró con gran número de piedras preciosas, oro y plata; y recibió del mismo Papa Juan y de todos los próceres de la ciudad, juramento sobre el preciosísimo cuerpo de San Pedro, de no ayudar nunca a Berengario" (8). Exigió, además, que en adelante la coronación del Papa no se haría sin que hubiese jurado fidelidad al Emperador ante sus emisarios.

A primera vista parece que sea un cesarismo al estilo de Bizancio el que inspiró estos juramentos a Otón con el fin de sujetar a la Iglesia. No es raro que hubiese algo de eso. Lo que sí resulta verdaderamente raro es que obre únicamente con esos ideales, como han querido algunos defender, un Emperador que es hijo de una santa, hermano de un santo y esposo de otra santa. Alguna influencia debió ejercer en él el ambiente familiar.

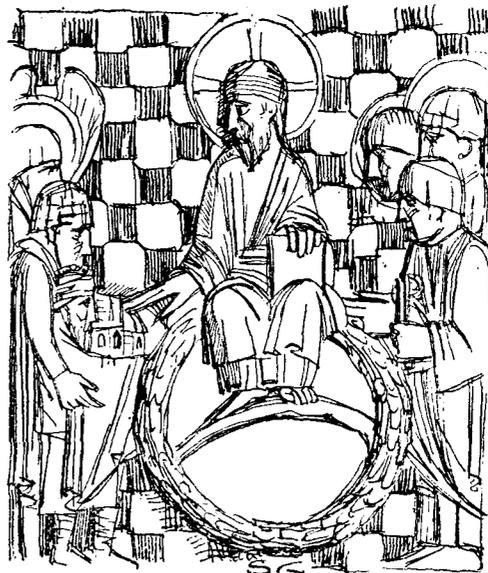
Si bien se mira, la salvación de la Iglesia requería como cosa urgentísima, poder librarse de aquella aristocracia romana que la oprimía, y el camino más obvio era el que siguió Otón I. En Otón III veremos que dió buenos resultados, aunque hay que reconocer que hubo muchos abusos. No se entienda sin embargo que admitimos tal intervención como tesis; a lo más como hipótesis exigida por aquellos tiempos de barbarie.

(5) Flodoardi canonici remensis Annales, ad an. DCCCCLXII, PL, CXXXV, col. 486.

(6) Vid. Kurth «Les origenes de la civilization moderne» t. II Conclusión

(7) A pesar de todo la administración de la Iglesia iba bien, como se ve por las cartas de Juan XII (PL, CXXXIII, cols. 1013-1044), y como reconoce el ya citado Duchesne, aunque dándole una explicación un tanto naturalista (ob. cit. p. 336).

(8) Loc. cit. col. 899.



Otón I ante Cristo

El nuevo Constantino

"Con exageración de sus fuerzas y del poder de su casa, Otón incurrió en el gran pensamiento irrealizable de restablecer la antigua gloria del Imperio romano, y por eso prefirió generalmente los romanos a los alemanes." Así juzgaba el cronista de Cambrai a aquel idealista Emperador, el tercero de los Otones.

Al finalizar el siglo X él y Silvestre II eran las cabezas de la Cristiandad. El nombre mismo que el monje Gerberto tomó al subir a la Sede de Pedro por obra de Otón, nos muestra la idea que animaba el obrar del Emperador. Otón I había tomado a Carlomagno como modelo; su nieto va más allá: quiere ser un nuevo Constantino, por eso su Pontífice ha de ser un nuevo Silvestre; quiere volver al Imperio romano universal, aunque él mismo es tan romano como bizantino.

Su idiosincracia tiene mucho de oriental. Un suave tintineo acompaña al Emperador en las grandes fiestas: setenta y dos campanillas colgaban de su regia túnica bordada en oro y piedras preciosas, otras setenta y dos pendían de su cinturón, y de su rosada dalmática no menos que trescientas sesenta y cinco. Lo precioso sobreabundaba en sus vestidos; y era tal el concepto que de su dignidad tenía, que en el formulario de la corte llamado "Graphia aureae urbis Romae", se le tiene por "el único soberano del Orben de la tierra después de Dios, al cual pertenece el mando y la legislación del mundo, y ante él todos los hombres se han de postrar en el polvo".

No había sido Silvestre quien coronara Emperador a Otón. Tres años hacía, cuando subió aquél al trono pontificio (999), que había recibido la corona imperial de manos de otro Papa también criatura suya: Gregorio V. Un Papa de veinticinco años que corona a un Emperador de dieciséis. Los dos tienen grandes ideales. Otón, ser un verdadero "Emperador romano"; Gregorio, en quien se nota ya la influencia de Cluny, ser un imitador de aquel glorioso y santo pontífice, primero del nombre que él mismo ha tomado. ¡Lástima que con los resplandores de la Roma de los cesares quedara tal vez un poco ofuscada en la mente del Emperador la Roma del Cristianismo!

Su reinado fué, a pesar de todo, una época de gloria para la Iglesia. Pero el ideal del Imperio requería un santo en el trono, y esto se dará en el reinado siguiente, el de San Enrique.

Pablo López Castellote

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

Camino de Soledad

La ruta de la Verdad es una vía muy poco transitada.

Por contra, la Mentira es camino por el que discurren masas innumerables de viandantes.

Hemos llegado a una tercera fundamental conclusión. La Verdad integral sólo puede lograrse mediante la exclusión definitiva de nuestro pensamiento de toda presencia humana. La Verdad integral sólo se obtiene por la integración absoluta del hombre con Dios.

Hemos ido viviendo durante estos últimos años una experiencia continuada, en la que con rapidez vertiginosa hemos visto sucederse distintas formas de mentira en las y por las que el mundo ha tratado de conformarse y definirse. Pocas épocas de la historia de la humanidad han presentado un tan caleidoscópico aspecto. Monarquías y Repúblicas, Imperios y Dictaduras, Democracias y Anarquías han pasado ante nuestra visión en sucesión vertiginosa oponiéndose las unas a las otras, y ofreciendo el variado contraste de sus incompatibilidades. Como en aquellos períodos protohistóricos de la Grecia antigua que como lección permanente se abren para el estudio y conocimiento de las gentes, la época actual ha condensado en veinte años todo un ciclo de historia que transcurría normalmente en períodos que abarcan varias centurias. Las aguas de aquella historia discurrían a ritmo razonable, por cauces conocidos de tiempo y modo. Las aguas desmandadas de estos tiempos caóticos que vivimos, se precipitan sin ley ni mando, destrozando márgenes de tiempo y laderas de razón, para producir en los hombres un estado de inconciencia o de estupor.

En el curso de estos años cruciales hemos vivido tratando de entender esta velocidad, que incesantemente nos llevaba fuera del paisaje en el que pretendíamos detenernos. Nosotros, y la humanidad que vive con nosotros este dramático sino, ya no podemos detenernos a considerar paisajes de historia o normas que estanquen o pretendan dar estabilidad a nuestros días. La mentira en todas sus formas, sopla implacable sobre estas aguas aumentando cada vez más su velocidad y nuestra confusión. Hemos tratado de asirnos, como decimos antes, a estas formas más o menos estables de gobierno conocidas, para tratar de hallar en ellas o con ellas un relativo remanso. Incluso, en un afán hasta cierto modo justificable en este atormentado vivir, hemos tratado de entender y aceptar formas y normas que nos eran pro principio hostiles, para ajustarnos a algo menos violento que esta sucesión vertiginosa de accidentes. Inútilmente. Mientras el viento de la mentira siga soplando en un mismo sentido de sin razón materialista, no hay nada viable ni nada posible. Cualquier sistema o forma de gobierno, deformado por la mentira de este materialismo naturalista, vendrá destinado a desaparecer llevado por el ciego impulso de estas aguas desmandadas. Ya no hay forma ni modo que contenga esta riada.

Todo esto se agita al impulso de la mentira, de

una sola y única mentira, y las gentes, perdido el freno de toda ponderación, acuden al engaño de esta mentira aun sabiendo por razón que esta mentira lleva a la humanidad al desastre.

A medida que hemos ido transitando por el penoso camino de estos años crueles, hemos tratado de insistir sobre la necesidad de aglutinar, alrededor de un argumento auténtico de verdad, a gentes que por afinidad de condición y origen, podían sentirse llamadas a colaborar con nosotros en alguna misión consciente y ordenadora. Inútilmente. El viento de la mentira ha sido y es mejor y más inmediato argumento, que el que nos otorgaba nuestra cristiana razón. Así hemos visto fundirse en una misma inconsciente y alegre transigencia, a gentes que llamándose monárquicos o republicanos, conservadores o liberales, totalitarios o socialistas, y siempre cristianos, han ido desertando del camino de la verdad para seguir los dictados de un positivismo materialista.

Nos hemos quedado prácticamente solos y esta soledad que fué en el decurso de estos años pasados una penosa experiencia, se ha convertido ahora en un argumento sólido de estabilidad y de confianza.

Mientras vivíamos sujetos a la necesidad positiva de aunar pareceres y sumar adhesiones, transitábamos inconscientemente por un terreno peligroso. El inmediatismo que nacía de nuestra impaciente condición nos llevaba a veces y sin darnos de ello cuenta, fuera del cauce auténtico de una cristiana ortodoxia. La mayoría de las gentes con quien dialogábamos se expresaban como nosotros, en forma correcta y adecuada al principio que defendemos, y sin embargo, la experiencia nos ha demostrado que su blindaje espiritual era insuficiente, y así los hemos visto claudicar en el momento en que la vida les exigía una prueba de reiteración de fe, o cuando obligaciones o apetencias de orden material se imponían o pesaban sobre su débil condición.

La ley existe eterna e invariable, todos la conocemos y la acatamos, y sin embargo, cuán pocos se atreven a seguirla intransigentemente, ofreciendo el holocausto de un bienestar a la causa trascendente que nace de esta ley inmutable.

Muchos de los principios en los que o por los que se definen algunas de las ideologías vigentes, son buenos o nacen de una buena intención y sin embargo la realidad va sucesivamente demostrando la falta de consistencia de unos sistemas, que son incapaces de contener el instinto positivista de las gentes que ahora, como en todas las edades, opone a la aspiración de infinito de "ser" la razón positivista de "estar".

A medida que nos dábamos cuenta de nuestro aislamiento, nos percatábamos de la mayor estabilidad lograda merced a nuestra intransigencia, y esta razón nos lleva a persistir en la necesidad de proteger por sistema la doctrina que poseemos de la contaminación que podría resultar de la adaptación de unos principios que nacen de las fuentes purísimas de la ley de Dios, a organismos o sistemas creados por gentes de buena intención, pero sujetas, por su inestable



San Enrique Emperador

FIZO DIOS DOS LUMINARIAS EN EL FIRMAMIENTO DEL CIELO: UNA LUMINARIA MAYOR QUE FUESSE EN EL DIA ET OTRA MENOR QUE FUESSE EN LA NOCHE, AMAS GRANDES, MAS LA UNA MAYOR: ET OTROSSI EN EL FIRMAMIENTO DEL CIELO, CONUIENE A SABER QUE EN LA EGLESIA UNIUERSAL FIZO DIOS DOS GRANDES LUMINARIAS, CONUIENE A SABER, DOS DIGNIDADES LAS QUALES OMNE A SABER E SON AUCTORITAT OBISPAL E POTESTAT REGAL.

(DECRETALES. Gregorio IX. — Libro I, cap. 6.º. Versión castellana, siglo XIII)

condición transigente, a los vaivenes a que puede llevarlas esta su misma natural disposición.

Entendemos que alguien debe definirse así y con esta dureza en momentos en los que la ley materialista del mundo ofrece a las gentes las anchas pistas de la transigencia y apaciguamiento, para que puedan por ellas desfilar las ingentes multitudes que se sienten contenidas o interpretadas por estas sonrientes doctrinas del "bien estar" que tan bien quedan expresadas por las amplias y permanentes sonrisas de estos dirigentes de pueblos, que se han visto obligados a hacer de ellos mismos argumento de su publicidad.

Nosotros oponemos la angosta estrechez de nuestra senda a estas vastas autopistas de la idea, y contrastamos orgullosamente nuestro aislamiento con el espectáculo de muchedumbre que obtienen sucesivamente democracias y dictaduras, haciendo desfilar por los mismos caminos de sin razón a seres movidos por el sólo impulso materialista que poseen, como denominador común, estas aparentemente dispares concepciones políticas.

Nosotros oponemos la seriedad austera de nuestra definición a estas expansiones sonrientes del materialismo preñadas de promesas de bienestar, pero en realidad carentes de sentido y vacías de contenido espiritual.

Oponemos además nuestra voluntad de aislamiento y con esto nos otorgamos un blindaje adecuado con el que pretendemos defendernos del asalto de estas fuerzas que el materialismo destaca, y mediante las que puede ceder o sucumbir la más fuerte y probada condición.

Seguiremos pacientemente deambulando por nuestro camino de soledad, tratando de avanzar incansablemente por esta senda de verdad. Esto debe entenderse como parte o arte de la necesidad de sacrificio que entraña toda vocación auténtica de misión. Todos cuantos ejemplos produce la historia, destacando la trayectoria de una misión, coinciden en subrayar la voluntad inicial de sacrificio de quienes se han unido al yugo de hacer llegar a sus semejantes los dictados de la verdad. Es condición de sacrificio, por cuanto el camino de la verdad es angosto y accidentado, y el tránsito por él es penoso y necesariamente lento. Es condición de sacrificio, por cuanto al lado de esta angosta senda se extiende la amplia y bien pavimentada autovía de la mentira por la que discurren velozmente los lujosos automotores que el materialismo otorga a cuantos se avienen a volver la espalda a Dios y a sacrificar en el altar positivista del culto al hombre.

La soledad es condición también indispensable de una auténtica cristiana misión. Hemos dicho al principio que la verdad integral sólo podía obtenerse mediante la integración absoluta del hombre con Dios. Esto es naturalmente un estado de santidad que desgraciadamente está fuera del alcance de la mayoría de los seres humanos. Nosotros entendemos, sin embargo, que debe concebirse una misión en forma de imposición inexorable de unas normas de "verdad". Podemos, en nuestra pequeñez, ajustarnos poco o mal a estas normas por carecer de la suficiente capacidad de sacrificio; esto no justifica tampoco el que nos sintamos desligados de persistir, con todas nuestras fuerzas y en la medida de esta capacidad, de nuestra obligación de sacrificio.

Para llegar a un resultado correcto es preciso acercarse lo más posible a Dios Nuestro Señor y también es preciso alejarse, lo más posible, de los hombres.

Este es el fondo de la idea que tratamos de definir en estas líneas. Desgraciadamente tenemos plena conciencia de nuestra condición insuficiente y sabemos por tanto, que una "integración" con Dios está muy lejos de nuestra posibilidad y merecimientos, pero en cambio sabemos que es ley fundamental y principio invariable, el desvincularnos, hasta el límite de lo posible, de toda presencia o de toda influencia humana, que pueda venir a disminuir nuestro impulso, o a desvirtuar nuestra concepción.

La Cruzada de Occidente es una misión de sacrificio y, como tal, debe mantenerse al margen de todo compromiso que pueda venir a desvirtuar unos principios que deben conservarse incólumes. La idea de sacrificio es opuesta a la idea de beneficio, y por tanto perfectamente justificado el que tratemos de amparar esta Cruzada bajo el signo de Dios, que es sacrificio, evitando el que caiga bajo el estigma del hombre, que es desgraciadamente beneficio.

Al remontarnos a las más altas esferas de la idea de misión, nos detenemos por fin en la más alta y trascendental de todas las misiones, aquella por la que el Señor se manifestó a los hombres. Es esta para nosotros una lección imborrable, que viene todos los días a insistir sobre los mismos conceptos siempre iguales y eternamente nuevos. La medida del hombre queda bien definida en estos Evangelios que nos traen la reseña de la peregrinación del Señor, en constante pugna con esta pequeñez del hombre, que, como signo permanente de su disposición, acude al Señor atraído por el reclamo del milagro, o alucinado por la profusión de peces y de panes, pero que deserta de El en el momento siguiente, en el que el beneficio se convierte en oficio. El Señor se queda solo como tantas otras veces cuando expone Su Verdad "Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban con El" (San Juan, VI - 67), se queda solo frente a los Apóstoles y se dirige a ellos: "¿Y vosotros queréis también retiraros?" (San Juan, VI - 69).

La idea de la Verdad debe valerse y mantenerse por sí misma. Vive del sacrificio de los que la poseen y persiste mientras dura esta condición sacrificada. Por contra, la Verdad sufre del contacto de los hombres, por cuanto es poco menos que imposible especular sobre una condición sacrificada de una cualquier comunidad. El hombre desvirtúa y contamina todo cuanto se pone al alcance de su ambición. Es considerable la lección del Señor cuando se pone por ejemplo de esta ley, para que en lo sucesivo no puedan surgir equívocos o falsas interpretaciones.

Si nuestro afán nos lleva a tratar, por nuestro impulso y mejor voluntad, de conseguir un hecho de integración con el Señor y con su mandato, no podemos lógicamente atribuirnos la virtud de la sinceridad si, desde un principio, no aceptamos la trayectoria de una tan clara indicación. El señor quedó solo frente al compromiso creado por la Verdad que El encarnaba, y esta Verdad adquiere toda su plenitud en el momento del Gólgota en el que se produce la final integración del hombre con Dios, mediante el sacrificio total del hombre.

Seguiremos necesariamente este camino hasta la medida de nuestras fuerzas. Sacrificaremos todo ligamen de orden material humano, para tratar de entender y mantener nuestro concepto de misión dentro de los cauces estrictos de una doctrina invariable.

Una Cruzada de Occidente no cabe dentro de una determinada síntesis política y menos dentro de un

partido. Una Cruzada es arte pero jamás es parte. Esta es la razón por la que debe de mantenerse al margen de toda obligación y huir de todo compromiso. Esto naturalmente disminuye nuestras posibilidades de aglutinar, en el sentido material, grandes masas de "beneficiarios", pero nos sitúa en el plano de poder provocar la presencia en nuestras filas de algunos seleccionados. Las agrupaciones o partidos políticos pueden, por un momento, parecer predispuestos a aceptar algo o mucho de lo que predicamos, y en este momento es conveniente aceptar y estimular este impulso, pero... por un momento nada más, pues sabemos que, pasado este momento de peligro, las gentes se desviarán nuevamente hacia formas amables de vida material, o bien se desbandarán nuevamente alucinadas por el reclamo ancestral del becerro de oro.

Hemos creído adecuado venir a exponer estas razones que vienen, en cierto modo, a justificar nuestra tendencia al aislamiento. No es, podemos afirmarlo, empresa fácil el mantenerse intransigentemente dentro de esta línea de conducta. El camino de soledad es un camino de anonimato que trazamos mediante este "plural" que tan bien cuadra con el concepto cristiano que tenemos de cuál es "nuestra" misión.

En una obra aparecida últimamente y en la que se procede a enjuiciar severamente el actual momento del Mundo, se llega a la conclusión, a la que también habíamos llegado nosotros, de que esta trayectoria in-

concebible de dolos que es signo inevitable de estos tiempos que vivimos, obedece a un plan cuidadosamente elaborado por gentes que viven encerradas dentro de un anonimato impenetrable. El autor los designa bajo el epígrafe de "Ellos" y les atribuye la condición de fuerza rectora y pensante del materialismo.

Este pensamiento que nace del mal y rige, para el mal de la humanidad, todos los movimientos de los distintos sectores que sirven a la causa materialista, se defiende gracias a la virtud de su intangibilidad. Nadie puede concretar, más que deduciendo consecuencias, quiénes ni cuántos son. Posiblemente muy pocos.

Las fuerzas del bien son fácilmente localizables y además actúan sin orden preconcebido, obedeciendo al mandato improvisado que nace de diferentes impulsos. "Nosotros", como los cruzados de los tiempos pretéritos, nos presentamos como fuerzas del bien en forma desordenada y pretenciosa, buscando tanto como la efectividad de cumplir una misión trascendental, el efectismo de personalizar en nosotros y para nuestro prestigio o beneficio la misión responsable que nos atribuimos.

En contra de esta desgraciadamente tan extendida tendencia, presentamos nosotros nuestro argumento de impersonalidad, que sólo puede conseguirse merced a una necesaria voluntad de aislamiento.

13 de junio de 1950.

C.

Tan pronto como caí en la cuenta del hecho divino de que el Espíritu Santo de Dios permanecía indisolublemente unido al cuerpo místico o Iglesia de Jesucristo, comprendí en seguida que las interpretaciones o las doctrinas de la Iglesia viviente a lo largo de los siglos constituyen la única regla de fe, y que son infalibles por ser la voz de una persona divina. Advertí entonces que toda apelación a la Escritura sola o bien a la Escritura y a la antigüedad, interpuesta por individuos o Iglesias locales, no es otra cosa que recursos contra la voz divina de la Iglesia, y en consecuencia racionalistas. Me percaté de que yo mismo me había engañado cuando hablaba de tres reglas de fe; de que la cuestión se debate únicamente entre dos jueces: el procedimiento individual guiado por la razón crítica o la Iglesia procediendo en virtud de una asistencia divina perpetua.

Cardenal MANNING. - *La misión temporal del Espíritu Santo.*

POR LA ANUNCIADA CONSAGRACION DEL MUNDO

Rvdo. Sr. Don Agustín Flores

He leído con suma complacencia y con agradecimiento en el Señor el muy interesante y provechoso artículo de Ud. titulado «Respuesta a una invitación». CRISTIANDAD se toma la libertad de reproducirlo porque cree que su difusión valdrá para que sus lectores comprendan más el valor y la oportunidad de la renovación de la Consagración del género humano a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Me mueve a dirigirle a Ud. estas líneas el hallar citados en su artículo unos pasajes tomados del mío «La actualidad de la fiesta de Cristo Rey», para agradecerse en el Señor y al mismo tiempo para manifestarle que al citarlos ha dado muestras de haber penetrado como pocos, y tal vez como nadie, mi humilde sentir.

Quedo de Ud. s. s. en C. J.

RAMÓN ORLANDIS, S. J.

RESPUESTA A UNA INVITACION

El intercambio espiritual entre España y América Latina ha sido siempre intenso y la explicación no puede ser más obvia: la cultura, la civilización, las costumbres del viejo mundo se vaciaron en raudal sobre los pueblos de conquista por España como medio; en ella reconocemos la superioridad de Madre y Maestra.

Se ha iniciado en Barcelona un movimiento que retrata —diríamos— psicológicamente, las urgencias, las necesidades del mundo moderno. Es CRISTIANDAD el heraldo que, en medio de un ambiente católico, pregona un ideal, un ideal cuya síntesis se explica en dos palabras: “Adveniat Regnum”—Eius.

Hasta la saciedad repite y sigue repitiendo y su grito es como lluvia que va penetrando —a fuerza de caer— la conciencia de los hombres: “En el mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo y así, por más que se aturda, y por más coces que tire contra el aguijón no podrá librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa” (1).

La doctrina de CRISTIANDAD no es de ella —como Cristo decía “Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me ha enviado”— es la doctrina de la Iglesia y CRISTIANDAD con esta generosidad, demuestra su adhesión a la verdad eterna, a la verdad inmutable que habla por medio de los Santos Pontífices: “Vosotros sois los luchadores, el enemigo es la paganización de la vida moderna; las armas son la propaganda y la explanación de los documentos pontificios” (2). Toda esa doctrina es un comentario viviente, sólido, verdadero, su voz —de CRISTIANDAD— es una promesa y una exigencia a la reforma de nuestra vida.

Los medios que propone son los medios novísimos, los descubrimientos que la Divina Misericordia, que el Amor Divino, ha manifestado en Paray, en Fátima, en Lipa de las islas Filipinas. Una meta final: el Reinado Social de Jesucristo

Ese grito de angustia de la sociedad actual tiene

un sedante y un remedio —el único—: volver a Cristo, “restaurar todas las cosas en Cristo”. Como ya lo dice CRISTIANDAD, “cuantas más soluciones busque — el mundo moderno — para sus problemas de vida o muerte fuera de lo que ofrece Cristo Rey, más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños” (3).

Y a tratar esos problemas, a secundar su labor en nuestro medio, con nuestras palabras, a unir nuestras voces a su gigantesca voz — a la ecuménica voz de los Pontífices — nos invita CRISTIANDAD, a unirnos a la voz de los pueblos, de la Iglesia que, procurando remediar los problemas actuales, quiere hacer extensivo el Reinado Social de Jesucristo, añadiendo a las consagraciones de 1875 al Sacratísimo Corazón de Jesús de la Iglesia, de 1900 de el mundo, de 1925 instituyendo la fiesta de la Realeza de Cristo, la Consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María en este Año Santo de 1950, de María cuya mediación universal va, cada vez más, formando una conciencia más clara y más certera acerca de su participación en la obra redentora del género humano.

Pedía en Fátima en 1917 a los pastorcitos, que el mundo se consagrara a su Inmaculado Corazón como un medio de atajar la cólera divina; pedía el rezo del rosario diario; pedía penitencia por los pecados del mundo.

El mundo católico ha recogido ese mensaje, nosotros conocemos su trascendencia y sabemos que nada más a propósito en este año jubilar —Año del Gran retorno y del Gran perdón como lo ha llamado el Sumo Pontífice— que renovar esa consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que ya la Iglesia en medio de la terrible conflagración mundial hiciera en las principales partes del mundo y que sólo tuviera que lamentar el Soberano Pontífice que a esas voces no se uniera la de la amada Rusia en 1943.

Cuando consideramos la calidad de los misterios que se han descubierto según las necesidades de los

(1) «Hacia el Cuarto Año Jubilar», Ediciones CRISTIANDAD, pág. 72.

(2) Su Santidad, cuando aún era Cardenal.

(3) «Hacia el Cuarto Año Jubilar», Ediciones CRISTIANDAD, pág. 73.

tiempos, no podemos menos que adorar la divina Sabiduría y Misericordia de Dios. ¡Si no fuera por su inmenso amor! Son tan grandes los peligros, tanta astucia del enemigo, que si no hubiéramos a la mano para tan grandes males tan grandes remedios, hubiéramos sucumbido; pero Dios providentísimo ha reservado para los últimos tiempos los tesoros incalculables de su Divino Corazón. En este tiempo en que tanto odio se tiene a Cristo, en que satánicamente se le persigue y se le quiere desterrar de todos los ámbitos de la sociedad, es cuando revela los portentos de su amor. Y cuanto más se le odia, más ocasión hay para estudiar, para ahondar, para lucrar las ternuras de su Corazón adorable.

Con más claridad se presenta a la conciencia moderna la idea de ese amor divino y la necesidad de que se extienda, y nosotros sabemos que al extenderse esa devoción se ha logrado el empeño: EL REINADO DE JESUCRISTO. El Reino de Cristo anunciado desde los primeros días de su predicación evangélica: "El reino de Dios está cerca: haced penitencia y creed al Evangelio" (4) y que en los últimos tiempos se realizará plenamente: "Un solo rebaño bajo un solo Pastor" (5).

La gran Medianera es María —Yo soy la Medianera de todas las gracias— (6). Y nada más preciso que obtener ese reinado social de Cristo por mediación de la que es Tesorera de todas las gracias y cuyas manos divinas son los canales por donde nos llegan los efluvios del amor divino. Ella se asoció a la obra redentora y también en esta hora de prueba para la Iglesia quiere Dios nuestro Señor que esté íntimamente asociada en el plan de santificación. Ella —como en Lourdes— no ha cesado de repetir en Fátima y en Lipa: "Orad, haced penitencia, desagraviad al Corazón de mi divino Hijo." "Rezad el Rosario." "Que el Santo Padre consagre al mundo a mi Corazón Inmaculado." "Una luz sobrenatural y celeste ha venido a darnos a conocer en nuestros días el medio sobrenatural para acelerar la implantación de este Reino: las revelaciones de Nuestra Señora del Rosario en Fátima nos muestran en nuestra Madre Inmaculada la mediadora y depositaria de la paz del mundo, y la consagración a su dulcísimo Corazón ha aparecido desde entonces como práctica complementaria de la devoción al Corazón de Cristo para la tan deseada instauración de su Reino" (7).

El Santo Padre consagrará —en este año jubilar 1950— el mundo a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, esa es la idea que con beneplácito de todos los católicos lanzó CRISTIANDAD hace dos años y que fué secundada por muchos Obispos, asociaciones religiosas y fieles que, con grande júbilo, acogemos también nosotros, nosotros cuya sangre —de mejicanos— ha regado el suelo patrio al grito valiente y victorioso de "¡Viva Cristo Rey!", nosotros hemos proclamado la Divina Realeza de Cristo rubricando con la sangre ese reconocimiento, y en nuestros días, se levanta en el Cubilete un monumento, el de Cristo Rey, majestuoso, imperioso, pero suave, dulcemente, extiende su reinado de amor en nuestras almas. ¡Cómo no vamos a ser partidarios de la doble consagración! Si junto con ese grito de realeza victoriosa, en todas las gestas gloriosas por la libertad,

desde los albores de nuestra independencia patria, hemos recurrido a la Virgen que forjó nuestra nacionalidad, a la Virgen Morena, que en 1945 fué proclamada por la voz infalible de la Verdad, Patrona de América y Trono de la Sabiduría, la Reina y Señora nuestra Santa María de Guadalupe, cuyo dulce imperio de bondades y ternuras se ejerce en todos nuestros corazones convencidamente marianos.

Nosotros no hacemos sino ratificar esa consagración, sumar nuestro empeño y nuestro amor, al empeño de los demás pueblos, para que, en unión con el Romano Pontífice, Padre espiritual de la Cristianidad, suban nuestras súplicas hasta el trono de Dios, suba nuestro reconocimiento de su supremo dominio sobre todos.

Nuestra Nación, católica por excelencia, y que por una como mala jugada del destino no aparece socialmente como tal —me refiero al gobierno civil que no responde al sentir de la sociedad que representa—, recogerá sin dudar alguna esa gran idea, como estrella, como norte, como cima.

Naturalmente nos damos cuenta que esta idea bule en todas las conciencias —la de la realeza de Cristo— y que nunca como ahora se ha hecho necesario establecer ese reinado; nosotros pugnamos por lograrlo, la humanidad necesita ideas, ideas que encaucen sus esfuerzos, sus ideales, sus deseos, sus aspiraciones, sus éxitos, sus fracasos, ideas que sean la medida de todo su obrar y entender, y así como en la Edad Media normaba la vida de los hombres la idea de la formación de una sociedad sagrada y los hacía luchar batalladoramente por llevar el conocimiento de Cristo a todos los pueblos de infieles, porque no había sino un solo gobierno bajo una sola fe, así en los tiempos actuales se trata de implantar un reinado cuya constitución nada tiene que ver con el poder civil "mi Reino no es de este mundo" (8). Un Imperio que abarque el mundo sobrenatural y divino de las almas.

Nosotros acogemos y aplaudimos la idea, y si CRISTIANDAD dice que "alza su modesta voz recogiendo los anhelos de los devotos de Jesús y de María", ¿qué diremos nosotros los seminaristas de Monterrey, cuyo órgano periodístico está muy lejos no ya de igualar, pero ni siquiera de asemejarse a esa revista cuyos colaboradores son de tan relevantes capacidades? Sin embargo, valga nuestra buena voluntad, supla ella nuestras deficiencias, y si es verdad que no sabemos expresar con propiedad esos tan grandes problemas, por lo menos sí advertimos lo tremendo de la hora y luchamos también, con los escasos medios de que disponemos, por superarnos y responder a esas exigencias en lo personal y luego hacer que los demás las conozcan y se entreguen con decisión al trabajo, para lograr todos —la gran familia cristiana— la implantación de ese reino dulcísimo de Cristo nuestro Señor, como decía S. S. León XIII: "Cuando sea un hecho que todos se sometan al imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria del Padre" (Phil. II-11), entonces, por fin, nos será posible cicatrizar tantas heridas; entonces todo derecho reverdecerá con la esperanza de obtener su prístina autoridad, retornarán los ornatos de la paz, y los hombres dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas".

Agustín Flores Mta.

(OMNES IN UNUM, Revista de los Seminaristas de Monterrey. Mayo 1950)

(4) Mar. I - 15.

(5) Jo. X - 16.

(6) Revelaciones de Lipa.

(7) «Hacia el Cuarto Año Jubilar», Ediciones CRISTIANDAD, pág. 34.

LA REPUBLICA DEL ECUADOR SE HONRA DE POSEER LA «AZUCENA DE QUITO»

La Beata Mariana de Jesús de Paredes y de Flores se santificó en su propia casa llegando a ser dechado de virtudes y de austerísima penitencia. Dirigida por Padres de la Compañía de Jesús quiso ser enterrada en la Iglesia de la misma Orden en Quito. - El domingo 9 de Julio de este año será canonizada solemnemente por Su Santidad el Papa.



Santa Mariana de Jesús. - Azucena de Quito
(1618 - 1645)

El antiguo reino del Perú, de tan dilatada extensión como feraz y productivo, fué también fértil en dechados de virtud, como tierra buena y bien abonada que en frase evangélica da el ciento por uno.

Quiso Dios favorecer a Quito como favoreció a Lima, su metrópoli. Y si a Lima regaló una Rosa, concedió a Quito una AZUCENA. Del mismo modo, si la que en el bautismo se llamó Isabel vió trocado su nombre cuando una hermosísima rosa le cubrió el rostro en la cuna y la llamaron por ello ROSA DE SANTA MARÍA no lo fué menos que MARIANA se apellidase, por un inaudito prodigio, AZUCENA, aunque sin dejar de llamarse MARIANA DE JESÚS. Porque quiso ser de su Jesús hasta en el nombre; y de su Jesús fué toda, porque su alma conservó y acrecentó el candor a medida que perfeccionó y llevó a su colmo el ansia de padecer y derramar por él toda su sangre. Quiso tener en el nombre un reclamo amoroso, por decirlo así, hacia la Compañía de Jesús, que la engendró y nutrió para el cielo; y no podía Mariana, la hija de los señores

de Paredes, usar de mejor correspondencia que perpetuando con su blancura y fragancia la gloria de la que únicamente regó, cultivó y sazonó tan privilegiada AZUCENA DE QUITO.

Gloriosa cuna

Dios puso tan bella flor, prodigio sin par de hermosura y perfume, en uno de los mejores vergeles del rico reino del Perú, precioso florón de la Corona española. Me refiero a la famosa ciudad de Quito, capital hoy de la República de El Ecuador, y a la que nuestro *fénix de los ingenios*, Lope de Vega, dió el epíteto de *siempre verde* a su territorio embellecido con perpetua primavera. Fundada por el denodado don Sebastián Benalcázar en el centro del vasto reino peruano, sin reconocer superior en importancia y belleza más que a Lima, ciudad de los reyes (de la que dista unas 500 leguas de tierra) goza de un clima envidiable, ya que une maravillosamente, neutralizándolos, los abrasados ardores de la línea equinoccial con los hielos y nieves de la majestuosa cordillera andina. Así es cómo jamás, en ninguna estación del año, ve del todo desnudas sus plantas ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. Y para colmo y remate de tanto bien, abrigan sus empinados cerros entrañas riquísimas de oro y plata, y son tan poco avaros de su opulencia, que forman en gran parte la dote de toda América y aun de Europa con el beneficio de un terreno de 200 leguas de largo de norte a sur, y de 600 de Levante a Poniente.

Favorecida con tan propicia combinación de circunstancias, la ciudad de Quito, rica y abundante ya a los diez años de su fundación y sin tener que envidiar a ninguna del continente americano, se dividió de Lima y formó un obispado aparte, tomando por armas dos montes, emblema de su nobleza y de aquella lealtad con que mereció que en el año 1556 el gran monarca Felipe II la honrase con el título de «muy noble y muy leal», en cédula de 14 de febrero.

Pero no son sólo éstos los mejores timbres de Quito. También en el terreno de las artes demostró su pujanza albergando bien presto célebres liceos del saber, tales como el Colegio Real y Seminario de San Luis —teatro de las fatigas y sudores de los religiosos de la Compañía de Jesús por más de 200 años—, y el Real Colegio de San Fernando y la Universidad de Santo Tomás, a cargo de la inclita Orden de Santo Domingo, que cosechó tantos laureos en ciencia y santidad en la Nueva España.

Y en el terreno espiritual, en el campo de la santidad, vergel es y muy ameno y oloroso el de la ciudad de Quito cuando en él se recrea el Divino Esposo de las almas místicas cortando para sí la mejor de sus Azucenas, que es, a la vez —en frase de Plinio— la mejor de todas las flo-

res (1). En efecto, el 31 de octubre, víspera de la festividad de Todos los Santos, del año 1618, vió por primera vez en Quito la luz del mundo el octavo de los vástagos del cristianísimo y modelo de matrimonios formado por Jerónimo Flores Zenel de Paredes (capitán, natural de Toledo y heredero de Alonso de Paredes) y doña Mariana Granobles Jaramillo (nacida en Quito de Gabriel de Granobles y de María Jaramillo, originaria ésta de Alcalá de Henares).

«La casa de la Oración»

La nobleza de sangre y los blasones paternos no fueron jamás para este privilegiado hogar de la más rancia solera castellana pábulo de mundanales devaneos ni ocasión de fiestas cortesananas donde peligrara la inocencia y recato de su numerosa prole. Por el contrario, la casa de los Paredes era conocida en toda Quito con popular donaire por «la casa de la oración». Ricos en bienes de fortuna, con ellos ayudaron a muchísimos pobres y desvalidos y se remediaron mil necesidades.

En este ambiente excepcional nacía una niña que ya desde los albores de su vida presentaba síntomas de ser algo extraordinario. Sobre el techo de la habitación vióse como suspensa una esirella brillantísima rodeada de otra multitud de estrellas diminutas agrupadas en cierto orden y en figura de hermosa palma. El 22 de noviembre, fiesta de Santa Cecilia, gloriosa virgen y mártir, recibió las aguas bautismales con el nombre de MARIANA.

El bosque de Saguanche

Desde niña se la vió siempre inclinada a la piedad, hasta el punto de organizar para sí misma, cuando aun contaba sólo cinco años infantiles, procesiones con sus hermanitos, intentando hacer una especie de Via-Crucis, llevando todos ellos unas toscas cruces formadas por dos palos, por el interior de un patio que tenía la casa. Mariana escogía siempre una que fuese más pesada que las otras, y hasta llegaba a depositar previamente ramas de ortiga donde luego había de arrodillarse, para que así, lastimándose sus tiernas rodillas, tuviera ocasión de mortificarse e imitar mejor la Pasión del Señor.

Cuando la niña tenía muy pocos años, murió su cristianísimo padre, espejo de capitanes y caballeros, don Jerónimo. Su madre, que tenía algunas posesiones en el aménisimo valle de Cayambe, a doce leguas de la ciudad, proyectó pasar allá una temporada, tal vez para reponerse y distraerse un poco de la honda aflicción; pero al vadear el caudaloso río que atraviesa el camino que va de Quito o Cayambe, la mula (sobre la que iba la señora) tropezó con una gruesa piedra, y al caerse el animal, por la fuerza de la corriente, la madre soltó la pequeña Mariana que llevaba en brazos, siendo ésta arrastrada por la furiosa torrentera. El espanto de la madre fué indecible; pero luego observó maravillada que la niña seguía flotando milagrosamente, hasta que fué a parar a un remanso de la orilla opuesta, en donde la recogió el mozo de mulas que llevaban, sana y salva, y sin la menor mojadura en sus ropas, para que quedara más patente así la protección divina sobre su sierva.

Para que se vea el espíritu penitente que animaba ya a Mariana, diremos también que, hallándose una vez en una finca, distante cinco leguas de Quito, se escapó un día de su casa, sin saberlo ni advertirlo nadie. Buscáronla en vano por los alrededores, hasta que, por fin, uno de los criados tuvo la ocurrencia de internarse por un bosque en el sitio denominado *Saguanche*. ¡Cuál no sería su sorpresa al hallar a la niña que, arrodillada junto a un arbusto con las espalditas desnudas y armada de un gran manojo

de punzantes ortigas y abrojos, se disciplinaba sin piedad! Así, Mariana tenía ya entonces por vestidura un cilicio, por recreo los azotes y por alivio la oración y la soledad.

Religiosa, pero no en un convento

A los siete años —edad entonces precoz— estuvo ya en condiciones de poder recibir por vez primera a Jesús Sacramentado. Al examinarla de Catecismo, Mariana respondía a todo perfectamente. Aquel día solemne fué un día de cielo para ella. Pocos meses más tarde se consagraba a Dios con voto de castidad, voto que renovó a los tres años de esta fecha, cuando contaba diez años. Ahora añadía también los votos de pobreza y obediencia, bajo la dirección de su confesor, el jesuita Padre Juan Camacho, célebre por su ciencia, dotes de gobierno y su rara virtud.

Data de esta época la anécdota, similar a la historia de la vida de Santa Teresa de Jesús, cuando de noche y a hurtadillas, junto con sus dos pequeñas sobrinatas (hijas de su hermana mayor doña Jerónima de Paredes, casada con el capitán don Cosme de Caso), habían de escaparse de casa e irse a tierras de infieles a convertir almas para Dios. Pero el sueño dominó a la pequeña Mariana, que se había apoderado de las llaves de la casa, y al alborotarse al día siguiente los criados creyendo que era una burla pesada, se vino a descubrir todo el plan, con la natural confusión y reprimenda de la capitana de tales aventuras.

Mas de nuevo pusieron su plan por obra, con mayores precauciones esta vez, logrando evadirse de casa y marchar hacia el desierto del escabroso volcán Pichincha —que en 1580 hizo tanto estrago con una terrible erupción— para retirarse allí a la penitencia y a la oración Mariana y sus dos sobrinatas. Pero Dios, que no quería a su sierva para ermitaña, deshizo el plan de un modo muy simple. Al querer atravesar una gran zanja, por el lugar conocido por la *Chorrera*, vieron que venía hacia ellas un toro cerril y bravo. Retrocedieron y, temblando de miedo, trataron de hacerle frente; pero el animal se agitaba de nuevo y trataba de acometerlas. Hizo Mariana varias veces la señal de la cruz, por si fuera estratagema diabólica; pero viendo que el toro no les permitía el paso, regresaron a su hogar de nuevo, convencidas de que Dios no quería aquel género de vida.

Había muerto también su madre por aquellos años, y Mariana quedaba así huérfana de padres, sin más protección que la del Cielo y la de su hermana doña Jerónima, casada, como hemos dicho, con don Cosme de Caso. Estos creyeron que había que dar cauce a las aspiraciones de vida religiosa de Mariana, internándola en un convento llamado de Santa Catalina. Con excesiva ligereza lo prepararon todo, dispusieron repartirle la parte de la dote que le tocaba de sus ricos padres, y comunicaron la nueva a todos sus parientes y amistades. Mas llegado el día y hora convenida, Mariana repartió a los pobres su dote; pero declaró a sus tutores que Dios no la quería para el claustro y que así lo había aprobado también su confesor. Por tanto, prefería vivir en su misma casa; pero en el piso superior, sin ser molestada en lo más mínimo y llevando una vida solitaria e independiente. Sus tutores, que la tenían ya en fama de santa, respetaron su decisión y aceptaron su plan, cediéndole y habilitando al efecto el piso superior de la casa.

«¿Te duele, Mariana?»

Lo primero de todo se trazó una rígida distribución de horas para cada día. Había de levantarse a las cuatro de la mañana, y empezar con una disciplina. Hasta las seis, meditación de la Pasión del Señor. Luego, ponerse los cilicios e ir a Misa, a la iglesia de los Padres Jesuitas, única que frecuentó Mariana hasta su muerte. A las once, comer

(1) *Nulli florum excelsitas.*

COLABORACION

«si tuviere necesidad» (como escribía ella). Luego, rezos, lectura espiritual y Completas. De seis a nueve, oración mental. De nueve a diez, «saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente». De diez a doce, oración mental, y luego, hasta la una, lectura de vidas de santos y rezo de maitines. ¿Y para dormir? —dirá alguno—. Pues oigámosla a ella misma: «De una a cuatro de la madrugada dormiré, los viernes en mi cruz, las demás noches en mi escalera; antes de acostarme tendré disciplina.»

Esta distribución la observó siempre los dieciséis años que le restaron de vida. Pero ya que hemos mentado el lecho en que pasaba sus horas de sueño, digamos dos palabras sobre estos porros de tormento, que no otra cosa son. Tenía en su habitación —que era un arsenal y museo de instrumentos de penitencia, los más variados e ingeniosos para mortificar su cuerpo desde la cabeza a la planta de sus pies— una caja como un ataúd, en la que había puesto un grueso tronco cubierto con un hábito y rematado por una calavera. Esta estampa viva de la muerte revivía aun más cuando ella misma, sacando el presunto esqueleto, se colocaba dentro, y dormía su sueño con gran incomodidad por no poder moverse.

Otro lecho lo constituía un caballete con siete maderas toscas ensambladas de suerte que formaban una escalera triangular con sus salientes agudos hacia arriba. Casi era imposible cerrar los ojos en este duro y mortificante lecho. Tan incómodo, que incluso llegaba a acongojarle la sola idea de descansar allí; pero su espíritu animoso se sobreponía a la flaqueza de la carne, diciéndose: «¿Te duele, Mariana? Pues duélate enhorabuena; que más dolió a tu esposo. ¿Lo sientes? Pues siéntelo una y mil veces; que mayor castigo mereciste. ¿Quieres regalo? Pues yo te lo daré tan exquisito, que no te quede que desear.»

La cruz, finalmente, de que habla en su distribución, eran dos maderos gruesos cruzados. Subía a ella por un pequeño taburete; en seguida ceñía su cabeza con una corona de puntas aceradas; luego se ataba fuertemente a ella, metía las manos y muñecas en unas argollas que pendían de los brazos de la cruz, y lo mismo los pies; y así quedaba suspensa de pies, brazos y cabeza, lo cual constituía un tormento tan terrible, que quedaba extenuada y agarrotados y yertos por la tirantez dolorosa sus brazos. Esta penitencia especial la hacía cada viernes en memoria de la Pasión.

El tormento de la sed

Su cuerpo estaba forrado y recubierto de cilicios de toda clase. Su ansia era sólo de padecer por Cristo en desagravio de los pecados de los hombres. Parece casi fábula y leyenda su agudo ingenio para idear mortificaciones. En la cabeza llevaba siempre un capacele con abundantes es-

pinas, que le hacían derramar sangre, y que ella procuraba disimular con espesos velos. No había miembro de su cuerpo que no recibiera su mortificación especial y dolorosa. No probaba apenas bocado, y los últimos años de su vida sólo se sustentaba milagrosamente del Pan eucarístico, como atestiguaron sus mismos confesores jesuitas (padres Camacho, Rojas, Severino, Vázquez y Manosalvas). Y si alguno de éstos, cuando estaba enferma o muy desfallecida, le ordenó tomar alimento alguna vez, por obediencia accedía; pero su estómago, acostumbrado ya a cosas tan livianas, lo devolvía luego en seguida.

Pero donde pudo ejercitar en grado heroico su espíritu de mortificación fué en la horrorosa sed que abrasaba todo su cuerpo, a consecuencia de una terrible enfermedad que tanto la provoca: la hidropesía. Contrajo esta dolencia en sus últimos años. De intento, meditaba las bellezas del agua y bienes que nos proporciona a los hombres, peces y plantas. Cuando llovía se asomaba a ver deslizarse los arroyuelos y con ello daba lugar a que con el deseo y la vista se le abrasasen más y más las fauces. Cogía el agua en sus manos, y mirándola y remirándola la dejaba caer sin probarla; y esto si no es que, debido a lo reseco de sus miembros, no se la embebían sus poros antes de derramarla al suelo. Llevábanle frutas jugosas para calmar su sed las personas amigas; pero ella, después de darles las gracias, gozaba en ver cómo se las comían a su vista, experimentando con ello un cruel placer.

La azucena para el esposo

Era tal la cantidad de sangre que derramaba con sus disciplinas, cilicios y otras armas de tortura, que una india a su servicio, llamada Catalina, fiel y muy reservada, depositaba en un rincón del huerto de la casa lo que recogía de su sangre. Una vez, del hoyo en que solía depositarla, vió con pasmo que brotaba una hermosísima azucena. Avisó a los señores de la casa, parientes de Mariana, y por sí mismos pudieron comprobar que la azucena tenía sus raíces en los mismos coágulos de sangre, en la cual se habían formado como unas venillas que le servían de raíces. He aquí el origen de apellidar a Mariana de Jesús la *Azucena de Quito*.

Con tales méritos y extraordinarias virtudes, el Divino Esposo cortó para sí tan delicada flor el viernes 26 de mayo de 1645, entre deliquios de amor, y asistida en sus últimos momentos por los jesuitas padres Vázquez, Rojas, Ortiz y el hermano Hernando de la Cruz. Se la amortajó con el hábito de terciaria de San Francisco, y se la enterró con gran solemnidad en la iglesia de la Compañía de Jesús, tal como ella lo había deseado. El Papa Pío IX, el domingo 19 después de Pentecostés de 1853, la puso en el catálogo de las Beatas, y ahora, el día 9 de julio, será canonizada solemnemente por Su Santidad el Papa.

Luis Sanz Burata, Pbro.

Símbolo e imagen viva de la infinita caridad de Jesucristo

Y puesto que en el Sagrado Corazón se contiene el símbolo e imagen viva de la infinita caridad de Jesucristo, que por sí misma nos mueve a amarnos mutuamente, por lo mismo es muy natural que nos consagremos a su Corazón augustísimo; lo cual, sin embargo, no es otra cosa que entregarse y obligarse con Jesucristo, porque el honor, reverencia y culto piadoso que se tributa a su Divino Corazón, verdadera y propiamente a Cristo en persona se tributa.

LEÓN XIII. Enc. «Annum Sacrum»

¿HAY QUE VOLVER A LA EDAD MEDIA?

"Hubo un tiempo — escribía el Papa León XIII en la *Immortale De* — en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados."

He aquí la mejor y más concreta definición del contenido substancial de la Edad Media. La ley de Jesucristo, la influencia maternal de la Iglesia, impregnando la vida toda de la sociedad. Porque, como añade el Papa:

1) "Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad."

2) "La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde."

3) "Florece en todas partes secundada por el agrado y la adhesión de los príncipes y por la tutela y legítima deferencia de los magistrados."

4) "El sacerdocio y el imperio, concordes entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses."

Características vitales que dan sello y colorido a aquellos magníficos siglos y que dieron como fruto "bienes muy superiores a toda esperanza..., que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá nunca desvirtuar ni oscurecer".

¿Y qué bienes son esos que produjo en Europa la Edad Media, inspirada, alentada y auxiliada eficazmente por la Religión?

El propio Pontífice los resume en esta forma:

Domar las naciones bárbaras; rechazar las irrupciones de los mahometanos; convertirse en maestra y gufa del resto del mundo; procurar a los pueblos la verdadera libertad; crear numerosas y heroicas instituciones para aliviar las desgracias humanas.

Pero, sin embargo, tales bienes que son demostración exuberante de la existencia de un ideal fecundo, intensamente sentido y conscientemente practicado, aunque se manifestaron en el transcurso de la Edad Media no puede afirmarse que sean propios y exclusivos de la misma.

Lo son únicamente, en cuanto suponen resultado inequívoco y esperado de la aplicación de unos principios básicos, fundamentales, en la vida y desarrollo de los pueblos y en la estructura esencial de su organización política, principalmente por lo que respecta a las relaciones entre la Iglesia y el poder civil; pero esos mismos principios pueden aplicarse con idénticas y aun mayores posibilidades en todas las edades y en todos los tiempos.

No lo oculta el Papa León XIII: "Habrían permanecido ciertamente, aun ahora, estos mismos bienes si la concordia entre ambas potestades perseverase también; y mayores se habrían debido esperar si la autoridad, el magisterio y los consejos de la Iglesia los acogiese el poder civil con mayor fidelidad, generosa atención y obsequio constante. Las palabras que escribió Ivan de Chartres al Romano Pontífice Pascual II, merecen escucharse como la fórmula de una ley perfecta: "Cuando el sacerdocio y el imperio viven en plena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica; cuando están en discordia, no sólo no crece lo pequeño, sino que las

mismas cosas grandes decaen miserablemente y perecen."

* * *

¿Cuál era la regla de oro según la cual se organiza y estabiliza la sociedad civil en la Edad Media?

En la cumbre de la Jerarquía social se halla colocado el Romano Pontífice, depositario de la autoridad suprema de Jesucristo, Rey de Reyes. En sus manos mantiene el timón para dirigir al pueblo cristiano a su último fin. El es quien tiene derecho a señalar la dirección de la marcha, a dar la consigna adecuada a cada instante a los conductores de las naciones y a juzgar inapelablemente los conflictos que puedan surgir entre los mismos. En uso de su soberano poder, obliga a los culpables a sujetarse a su obediencia y aparta a los dirigentes obstinadamente rebeldes que haciendo traición a su misión, conducirían a sus súbditos a la perdición.

Estos principios fueron los que la Edad Media estableció como base de su ordenación social; ellos fueron los que crearon la civilización cristiana y los que dieron al mundo la auténtica libertad.

No se crea, escribe un autor, que los reinos de la Edad Media fueron menos felices y libres por haber estado sometidos a la elevada dirección del Papa, pues la verdad es todo lo contrario.

Dirigir con la antorcha del Evangelio la humanidad regenerada, por la senda del verdadero progreso; inspirar leyes y crear instituciones encaminadas a fin tan elevado; dirigir a él las ciencias, las artes todas, y hasta las costumbres y las mismas fiestas populares; formar con todos los reinos cristianos una sola familia, siempre armada contra la barbarie: todo esto fué para las naciones de la Edad Media, el primer beneficio de la política cristiana. El segundo, fué el de mantener la paz en su seno, alejar de ella las dos calamidades mayores de la humanidad, el cisma y la herejía, y dirimir en lo posible sus querellas evitando la efusión de sangre entre los príncipes cristianos.

Los magníficos ejemplos que nos brinda la Edad Media de la sumisión de emperadores y reyes al poder soberano del Romano Pontífice, constituyen la demostración más elocuente de la efectividad de la ley fundamental de la política cristiana, o sea el Reinado de Jesucristo y la autoridad social del Papa.

En las palabras evangélicas "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", se contiene la fórmula vital sobre la que descansa la estructura de la sociedad cristiana. Esta fórmula es la que se trata de consagrar en el transcurso de la Edad Media.

¿Qué lazos unen el Pontificado con el Imperio? ¿Cuál es la dependencia del Emperador en relación con el Jefe Supremo de la Cristiandad?

El Papa San Gelasio advertía al emperador Anastasio: "Hay, augusto emperador, dos cosas por medio de las cuales es gobernado el mundo: la autoridad sagrada del Pontífice y el poder del César. La autoridad de los Obispos es tanto más temible, cuanto que deben dar cuenta a Dios, en el día de juicio, **hasta de la salvación de los reyes.** Vos no ignoráis que, aunque vuestra dignidad os eleva sobre los demás hombres, debéis bajar humildemente la cabeza

QUINCENA POLITICA

CRISTIANDAD se complace en ofrecer a sus lectores esta nueva sección de su revista, comentario que irá a cargo de una de las personas a quienes considera mejor informadas en materia de política internacional. En interés de sus lectores, esta publicación abre sus páginas a su nuevo colaborador para que desde ellas pueda manifestar con amplitud de espíritu su propia manera de ver.

SURGE EN COREA UNA GRAVE CRISIS MUNDIAL

Muy pocas horas antes de que los cañones de las fuerzas comunistas coreanas rompieran con sus disparos, en la madrugada del día 25 de junio pasado, el *statu quo* existente hasta entonces en la amplia frontera euro-asiática donde los dos grandes poderes mundiales se enfrentan, hacía el presidente de uno de ellos, Harry Truman, una expresa profesión de "fe en un futuro pacífico del mundo", al inaugurar el aeropuerto de Baltimore. "No edificaríamos un servicio tan detallado para nuestro comercio aéreo si no tuviéramos fe en un futuro pacífico." "Yo dedico este aeropuerto a la causa de la paz mundial", dijo textualmente el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Sin embargo, nunca desde que terminó la pasada contienda la paz precaria que rige desde agosto de 1945 tuvo su frágil estructura tan expuesta a quebrarse, como en aquellos momentos posiblemente históricos, en que el Ejército comunista de Corea del Norte se disponía a lanzarse contra las tropas democráticas del sur, y Truman exteriorizaba una vez más sus ingenuas opiniones relativas al porvenir pacífico de las relaciones internacionales. Un día después el mismo Truman abandonaba precipitadamente su reposo dominical, convocaba a sus colaboradores y proclamaba su decisión de emplear las fuerzas militares para ayudar a la República coreana del Sur, medida que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, convocado urgentemente, aprobaba y hacía suya, acordando que las potencias adheridas a la ONU cooperaran a dicha medida militar.

La crisis surgida en Corea había producido un impacto fuerte y repentino sobre la política exterior de los Estados Unidos, alterando las normas esenciales de la misma, y con su explosión agrietaba los fundamentos de las Naciones Unidas liquidando el mito de la colaboración internacional, y trasvasaba de forma brusca la rivalidad ruso yanqui del plano diplomático al de la lucha armada.

El equilibrio en Extremo Oriente, roto a favor de Rusia

Hasta el año 1940, el problema del Extremo Oriente era en realidad el problema de China, es decir, el de que varias potencias trataban de ser colonizadoras de dicho país. El Japón, dueño de Corea y Manchuria; Gran Bretaña, afincada en Hong Kong y fuertemente atrincherada en Singapur; Francia, dominando en Indochina; Rusia, vigilante desde Vladivostok; y los Estados Unidos, dueños de Filipinas, disputábanse el mercado chino—formado por centenares de millones de campesinos sometidos a duros trabajos—en rivalidad que aplazaba el reparto.

Grandes ríos, el Amarillo al norte, el Yang Tse en el centro y el Si Kiang en el sur, constituían las principales rutas hacia el interior del territorio, cuyas llaves de entrada tenían, Inglaterra la del sur, con su colonia en Hong Kong, la misma y otras potencias entre ellas los Estados Unidos, ejercían el control del río central desde Shanghai, el Japón tenía en sus manos la entrada fluvial desde el norte y la ruta terrestre practicable desde el septentrión, por donde irrumpieron siempre las invasiones en China.

La deficiente conducción de la política mundial por parte de los Estados Unidos, ha entregado todo el imperio chino a Rusia, sin lucha, mediante una corta guerra civil que sólo tuvo unas cuantas batallas importantes en Manchuria. Secuela de dicho abandono es la agresión efectuada por las fuerzas comunistas del norte de Corea contra las fuerzas del sur adictas a los norteamericanos. Y con el mismo resultado obtenido en China: rendición sin lucha de las fuerzas indígenas oficialmente fieles a los Estados Unidos, ante la sola presencia del Ejército rojo invasor.

La consecuencia de ello es que los amos de Rusia tratan de liquidar las cabezas de puente que los occidentales conservan en el Extremo Oriente, para erigirse en únicos directores de los pueblos asiáticos. Ya no se trata de colonizar a China desde las posiciones costeras o periféricas que dominan los accesos al interior del antiquísimo y vasto Imperio, sino de que Rusia, dominando y transformando en República comunista a China, expulsa del continente a las potencias blancas, liquidando definitivamente la influencia que las mismas han ejercido durante las dos últimas centurias en los pueblos orientales.

Profunda revisión de la política exterior yanqui

La pequeña guerra de Corea ha promovido en los Estados Unidos una poderosa corriente revisionista de su posición estratégica en el Pacífico occidental, a la par que ha provocado una profunda revulsión en la política seguida hasta ahora en relación con el Extremo Oriente.

La primera consecuencia deducida de la agresión comunista coreana es que en caso de guerra mundial sería indefendible la posición norteamericana en dicha península, como lo fué durante la pasada guerra mundial la de Francia en Indochina, de Gran Bretaña en Hong Kong y Singapur, de Holanda en Indonesia y de los Estados Unidos en Filipinas.

"Deben evitarse las cabezas de playa en la tierra firme asiática" proclaman los militares, pero de esa afirmación se deducen consecuencias insospechadas. Por ejemplo, que el Japón resultaría, si el conflicto rusoyanqui surgiese, una posición gravosa para los Estados Unidos. Su proximidad al continente la haría sumamente vulnerable por la aviación torpedera y de gran bombardeo, procedente de los aerodromos de China, Manchuria, Corea y Vladivostok, y constituiría una imprudencia instalar en el archipiélago nipón bases navales importantes, porque se hallarían constantemente en peligro los buques que en ella se amparasen.

La idea de abandonar el Japón a los japoneses, autorizándoles a rearmarse y tratando de convertirlos en aliados, es probable que sustituya a la norma hasta ahora seguida, basada en la desmilitarización permanente de la nación nipona.

Pero de poco servirá facilitar armamento al Japón si no se le concede al mismo tiempo la restauración de su Imperio, o al menos la reconquista de Corea y Manchuria. El bloque rusochino desequilibra en forma tan gigantesca la posibilidad de restablecer el concierto in-

ternacional en el Extremo Oriente, que sólo una estrecha alianza nipoyanqui, asentada en el viejo continente sobre las posiciones que hasta 1945 poseyó el Mikado, podría estabilizar la situación.

El espacio es también un Poder, y contra la acumulación rusochina de esta clase de poder, no podrá prosperar ningún intento de atacarlo desde el Exterior. Recuérdese al efecto el final que tuvo el Ejército alemán invasor de Rusia en 1941-42, y la imposibilidad material que comprobaron los japoneses de conquistar a China militarmente en 1941-45.

Es muy probable que las potencias occidentales tengan que ceder toda Asia y archipiélagos anejos al bloque soviético, poco a poco, si no se generaliza la guerra antes. Y en este aspecto es necesario considerar uno de los factores políticos que actúan en la expresada zona contra la persistencia del dominio de las naciones blancas.

Una grave subversión en marcha

Nos hallamos de lleno en la época, anunciada por Spengler, de cruce entre la revolución marxista universal y la revolución también universal de las razas de color. Ambas son consecuencias del liberalismo, que al someter a revisión la escala jerárquica de los valores espirituales, provocó la subversión más profunda y grave de los últimos veinte siglos, tratando de trastocar, invirtiéndola de arriba abajo, la estructura de la Sociedad. Nos hallamos en el centro de esa labor satánica, que trata de destruir, de un solo golpe, los fundamentos de la sociedad cristiana y el predominio de la raza blanca sobre los pueblos de color.

El comunismo es una religión del odio que predica: a los trabajadores subversión contra el resto de la sociedad, y sobre todo contra la supremacía de la cultura, de la inteligencia y de las aptitudes personales de organización y empresa; y a los pueblos coloniales, la rebelión contra las potencias explotadoras de sus riquezas.

Pero el marxismo blanco que ha abolido en las naciones europeas, o al menos en amplias zonas de su población, los sentimientos religiosos y el orden supremo que anteriormente conservaban los altos conceptos espirituales, ha provocado en las razas de color, con la propaganda de las teorías marxistas de insumisión al orden tradicional, un movimiento en el que aquél viene a transformarse de lucha de clases en lucha de razas.

Al misionero blanco que predicaba en los pueblos coloniales la religión de Cristo, ha sucedido, disputándole con éxito el terreno, el agitador comunista que predica el odio universal. No es un capricho del azar, sino consecuencia lógica de la doble corriente subversiva del marxismo y el indigenismo, que todos los nuevos Estados que van surgiendo en sustitución de los gobiernos coloniales en Asia tengan tendencia socialista y constituyan un interrogante de inquietud mundial en relación con sus posibles evoluciones futuras.

Por las mismas recónditas causas que la Enciclopedia provocó la Revolución francesa en la que tantos encopetados enciclopedistas fueron guillotizados, y el liberalismo europeo ha sido suplantado por su hijuela el marxismo, éste será devorado por el proletariado de color, si en los designios de la Providencia no entra desviar la corriente que en dicho aspecto llevan los acontecimientos.

El mundo occidental, indefenso

Los sucesos de Corea plantean en toda su crudeza el problema de la indefensión en que se hallan las potencias occidentales para hacer frente a la posible agre-

sión de Rusia y sus satélites soviéticos. La proporción en que se hallan las fuerzas militares del Occidente, según los técnicos es de uno a diez en relación con las que posee el bloque soviético. En caso de rápida movilización de los efectivos mundiales, esa proporción seguiría en vigor durante una larga serie de años.

Recuérdese que durante la segunda guerra mundial, Norteamérica comenzó a crear el instrumento armado de su ayuda a Inglaterra en 1939, y que sólo en el año 1944 logró la plenitud que había de hacer posible el victorioso desembarco de Normandía y la contraofensiva contra el Japón. ¿Qué ocurriría si una madrugada cualquiera los Ejércitos comunistas iniciasen su irrupción en todos los frentes, en Europa y Asia? ¿Tendría que esperar cinco años el mundo occidental para ser liberado por los norteamericanos? Si así fuese, ¿qué quedaría al cabo de ese tiempo del mundo occidental invadido y soviético?

Las naciones blancas dan muestras evidentes de fatiga, de inhabilidad, de resignada imprevisión, como si conocieran la necesidad en que se hallan de realizar un costoso esfuerzo y renunciaran a efectuarlo por cansancio y renunciamiento. Egoísmos individuales inconcebibles imposibilitan la coordinación de una labor política común indispensable, dada la gravedad del peligro que a todas las naciones del oeste amenaza. Vuelven a tener vigencia los odios y traiciones que dejaron a España y Roma casi solas contra la invasión del Turco, y que tantas empresas gloriosas han malogrado en el transcurso de los siglos.

El Pacto Atlántico, concebido como muro de contención del comunismo en Europa, es un mero papel mojado, o cuando más una elucubración literaria, una comedia representada por actores insinceros. La única nación resuelta, aparte de España, a desempeñar el cometido histórico que le corresponde, los Estados Unidos de Norteamérica, carece de verdaderos estadistas, o se halla, como todas las demás, mediatizada por ciertas fuerzas secretas que juegan omnipotentes con el destino de los pueblos y de la Humanidad.

La ONU ha escrito su testamento

La guerra en Corea inaugura una nueva etapa de complicaciones internacionales. Si llegara a triunfar la ofensiva comunista, como temen en las Cancillerías que pueda ocurrir, no es aventurado predecir que todos los Gobiernos asiáticos y las tendencias políticas imperantes en dicho continente, revisarían su actitud respecto de Norteamérica y Gran Bretaña. Japón, Viet Nam, Siam y Birmania, dejarían de ser simples posibilidades teóricas de transformarse en comunistas. La tendencia neutralista de Europa adquiriría mayor vigor, y el ensayo de agresión civil podría ser el medio de transformar a Alemania en un Estado unido bajo las banderas de la hoz y el martillo.

¿Y la ONU? Suceda lo que quiera, la guerra de Corea supone el golpe de muerte para la Organización, al menos tal como fué concebida y articulada por la Carta de San Francisco. Los acuerdos tomados por el Consejo de Seguridad al aprobar las sanciones contra Corea del Norte, con la ausencia de Rusia, han abolido unilateralmente el derecho de veto, pilar central y sostén del organismo de Lake Success.

El artículo 27 de la Carta dice, en efecto, lo siguiente: "Cada miembro del Consejo de Seguridad tendrá un voto. Las decisiones del Consejo de Seguridad sobre cuestiones de procedimiento será tomadas por el voto afirmativo de siete miembros. Las decisiones del Consejo de

ACTUALIDAD

Seguridad sobre todas las demás cuestiones serán tomadas por el voto afirmativo de siete miembros, incluso los votos afirmativos de todos los miembros permanentes."

La redacción no es completamente clara, pero se entiende muy bien. Quiere decir, lo dice, que en lo que no sean simples cuestiones de procedimiento, es inexcusable el voto afirmativo de los cinco miembros permanentes, es decir, de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Rusia y China. Si falta alguno de estos votos no es posible el

acuerdo. A eso se le llama *el veto*. Docenas de veces ha impedido la Unión Soviética que el Consejo tomara acuerdos votando en contra o *no votando*.

Y ahora el Consejo de Seguridad adopta los más trascendentales y graves acuerdos de toda su historia en momentos cruciales y gravísimos de tensión internacional, prescindiendo de la URSS y arrojando por la ventana el derecho de veto de la misma.

No es para dolerse, sino para alegrarse.

A. V.

Viene de la pág. 341

ante los Pontífices, encargados de la dispensación de las cosas divinas."

Y San Bernardo, explicando a Conrado, rey de los romanos, el plan fundamental de la política cristiana, decía: "La monarquía es múltiple como las naciones, y fraccionada en distintos reinos independientes unos de otros. Sin embargo, **todas esas naciones tan diversas en que se divide la humanidad, son restituidas a la unidad humana y a la divina por medio de la unidad de la fe católica, de la Iglesia y de su sacerdocio.**" Y añadía: "El deber, el honor y la prerrogativa del primer rey cristiano, tal como el emperador, es ser el brazo derecho, la espada de la Cristiandad para defender todo el cuerpo, y en particular la cabeza, y secundar su influencia civilizadora en lo exterior y en lo interior."

El Papa es, por consiguiente, la autoridad soberana, el Jefe indiscutible de la Cristiandad. Cada Papa escucha de nuevo las palabras dichas un día a San Pedro: "Todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos, y lo que ligares en la tierra, será también ligado en los cielos."

* * *

Edificando sobre bases solidísimas, la Edad Media fué progresivamente creando un estado de cosas ciertamente ejemplar, y que se acerca en mucho al ideal sublime de la organización cristiana de las naciones.

Pero hubo algo más. Hubo también, y esto interesa primordialmente en los instantes que vivimos, aquella comunidad fraterna que unía con vínculo indestructible a todos sus pueblos, por encima, a veces, de las veleidades de algunos monarcas: existía, como dice Pío XI, una verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos, en la cual, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor como norma segura conforme a la cual eran las naciones juzgadas.

Ciertamente que existieron graves violaciones. Pero entonces había algo que hoy se halla en gran parte olvidado, cuando no prácticamente desconocido, y que era, en expresión de Pío XII, la conciencia viva y actual de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, que posibilita los acuerdos, mientras refrena el desencadenamiento de las pasiones, y deja abierta la vía a una honesta inteligencia.

Hoy, desgraciadamente, la profunda crisis espiritual que padecemos, ha trastornado radicalmente aquellos conceptos, ha olvidado los principios incontrovertibles de la moral privada y de la moral pública.

El desaliento acongoja a algunos corazones y asoma a menudo en las palabras y en los escritos de quienes creen en cierto modo perdido todo motivo de

esperanza en una auténtica regeneración individual y social.

Por eso los ojos de muchos se vuelven angustiados hacia aquellos siglos que vieron nacer las órdenes monásticas, que presenciaron la construcción de las catedrales góticas, maravilla del universo, que hicieron posible las grandiosas Cruzadas, que dieron aquellos santos tan eminentes, como San Isidoro, San Fernando rey de Castilla, San Luis rey de Francia, Santo Domingo, San Francisco, Santo Tomás de Aquino, por no citar más que unos poquísimos nombres de entre la pléyade inmensa que están en la memoria de todos. Vuelven muchos los ojos, decimos, a aquella Edad para alejarse del trágico espectáculo que nos depara el presente. Pero hay de entre ellos, quienes están imbuídos en algún modo de una idea de retorno, de una vuelta a aquella Edad, lo que prueba claramente que no han comprendido el sentido real del remedio que precisan nuestros tiempos, ni el ideal que dió pensamiento y colorido a la época medioeval.

El problema que se plantea en este siglo, es realmente decisivo y puede ser en algún modo concluyente:

¿Cómo aprovechar el ejemplo que nos brinda la Edad Media y que constituye su más preciado tesoro?

Responderemos con las palabras contenidas en el memorable discurso pronunciado por el Papa Pío XII, felizmente reinante, sobre San Nicolás de Flue.

Afirma el Papa que en la Edad Media es justo reconocer una nota realmente católica, cual es la certeza indiscutible de que la Religión y la vida forman un todo indisoluble. Sin abandonar el mundo, sin perder nunca el sentido de la vida, esta orientación dirige toda la existencia humana hacia un único objetivo: el "adherere Deo", el "prope Deum esse"—estar unido con Dios, estar junto a Dios—del Salmo; hacia la unión con Dios, hacia la amistad de Dios, convencido de que no puede haber fuera de ahí ninguna paz sólida, ni para el corazón del hombre, ni para la sociedad, ni para la comunidad de los pueblos.

Ahora bien, ¿cuál será para nosotros, se pregunta el Papa, la solución frente a un mundo alejado o enemigo de Dios? ¿Será acaso la vuelta a la Edad Media?

Y el Pontífice responde terminantemente que no se trata de eso; que la única solución posible, la única eficaz, es LA VUELTA A AQUELLA SINTESIS DE LA RELIGION Y LA VIDA que constituyó el núcleo vital de aquella Edad, pero que —como recordábamos al principio— no es exclusiva de la misma.

A aquella síntesis que supera todas las contingencias y es siempre actual.

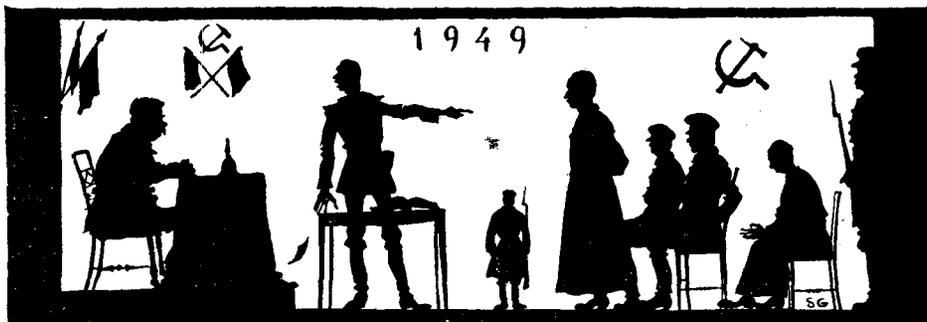
¿No es ésta acaso la mejor lección que podemos sacar del estudio meditado de la Edad Media, y que hay que aplicar resueltamente a nuestra época si queremos realmente servir a un ideal firme e imperecedero?

José-Oriol Cuffi Canadell

LA SOMBRA DE BELA KUN

por José-Oriol Cuffi Canadell

Precedida de una Carta al autor,
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona



2.^a edición, agosto de 1950 — Precio: 10 pesetas]

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA

DETALLISTA... recuerde Vd. que

Comercial Ferretera, S. A.

es el primer almacenista de España
en baterías de cocina

Pasaje de la Paz, 5 - Tel. 21 98 21 - BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

¡ACABA DE APARECER!

EMISARIA DE CRISTO REY

SOR MARIA DEL DIVINO CORAZON

por el Rdo. Luis Chasle, pbro.

PROLOGO del

R. P. Ramón Orlandis, S. I.

La obra de la máxima actualidad
en este Año Santo de 1950

Emisaria de Cristo Rey

Precio: 30 pesetas

PUBLICACIONES
CRISTIANDAD

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46

J. Tallarés

fogo

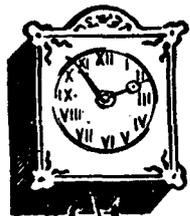


**PROTEGE
EL HOGAR**

INSECTICIDA D-D-T DE ACCION PROLONGADA

Llegó la hora...

de
**COMBATIR
LA POLILLA
MOSCAS
MOSQUITOS
ETC.**



Recuerden
INSECTICIDAS



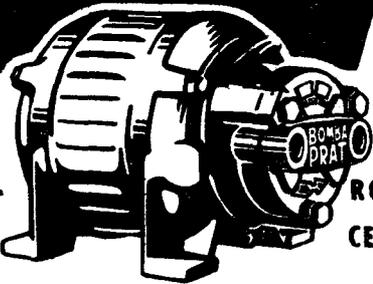
DDT de ACCION RAPIDA y DURADERA



CAUDAL DE AGUA ES CAUDAL DE ORO

*Cada problema
de agua
tiene su
solución PRAT*

**ELECTRO-
BOMBAS**



**ROTATIVAS Y
CENTRÍFUGAS**

PRAT
PATENTES INTERNACIONALES

BOMBA PRAT S. A.
BADALONA · ESPAÑA

*El propagandista Católico
recuerda la gran figura de*

**SARDÁ
y
SALVANY**

*Ayuntamiento
de
Manresa*

Reservado

Coproqui

IRGA, S. A.

BARCELONA